

## DEL BREVIARIO AL RECINTO DE LA GRAN HISTORIA

POr MARTÍN QUIRARTE

Hacia 1949, en el comienzo de su madurez de historiador, José Valadés publicó un *Breviario de historia de México*. Diecisiete años después dio a la imprenta una *Historia del pueblo de México* en tres volúmenes. El análisis de las dos obras reviste un interés particular, nos permite comprender la evolución de sus ideas en cerca de dos décadas. Gracias a esto podemos confirmar que en el pensamiento de Valadés hay una línea coherente. Pueden haber cambiado sus apreciaciones respecto de algunos hechos, pero las líneas generales de su ideología permanecen inalterables.

Con ligereza imperdonable, un crítico acusó un día a Valadés de carecer de una brújula que lo guiara a través del mar proceloso de la historia. El reproche es injusto, pocos hombres de nuestro tiempo han tenido la satisfacción de navegar como Valadés con tanta seguridad, por la ruta de la historiografía mexicana. Si se preguntara cuál es la aguja magnética que guía sus pasos, podría decirse, sin temor a equivocarse, que no puede ser otra que "el afán de perseguir incansablemente los signos de la naturaleza nacional". Tiene la convicción que desde los tiempos de Pedro Mártir han tenido lugar, por parte de los historiadores extranjeros, las deformaciones de la historia americana en los aspectos literario, político y económico. Fácil es comprender que, como reacción contra la influencia extranjerizante, se trata de hacer no "una nueva historia de México", sino una historia mexicana de México. No es una posición de xenofobia. Sólo rechaza lo extranjero cuando tiende a asumir actitudes imperiales, cuando aspira a sembrar el escepticismo y el complejo de inferioridad entre los mexicanos.

Tratándose de un breviario será imposible que su autor explore demasiados rincones de la historia de México, pero captará con singular agudeza aspectos sobresalientes de nuestro

pasado. Si hace algunas referencias al periodo colonial, su enfoque está dirigido especialmente a examinar hombres y cosas del siglo XIX. Más que hacer estudios prolijos trata de dar visiones impresionistas.

Se pregunta uno si José Valadés involuntariamente era entonces víctimas de ciertos prejuicios del siglo XIX. En la pasada centuria, liberales y conservadores por regla general no veían con fervor las culturas prehispánicas. Excepcionalmente surgieron hombres como José Fernando Ramírez y Manuel Orozco y Berra, que se entregaron con pasión y gran seriedad científica al estudio del México antiguo.

El autor del *Breviario de historia de México* no desdén el mundo prehispánico, pero no nos da en su obra, una visión de conjunto que nos permita conocer el desarrollo cultural de los pueblos precortesianos. Sin embargo, cree que los habitantes que iban a tener su primer contacto con el mundo europeo, poseían, "idioma, arquitectura, economía, vestido y tradición y por tanto nacionalidad".

Aun cuando la postura de Valadés es nacionalista, no es víctima del prejuicio antiespañol. Se explica entonces que la figura de Hernán Cortés no aparezca a sus ojos como el dominador brutal que pintan sus adversarios, ni como el héroe de los hispanistas. Tanto penetró don Hernando —a su juicio— en el paisaje y la gente de México, que al llegar al mediodía de su vida se fue incorporando más y más a lo mexicano. Y si Cortés no resulta así el autor de la nacionalidad mexicana, sí fue el alma de un renacimiento.

Pero jamás deberá levantarse una estatua a Cortés, que sería tanto como rendir culto al atropello y a la conquista. No debe olvidarse que México es un país que se ha distinguido "por su amor a la libertad y su respeto a la soberanía de los pueblos".

Sin ser católico y ni siquiera adepto de ningún culto religioso, Valadés comprende que se tiene el deber de analizar la intervención que tuvo la Iglesia en la formación del alma mexicana. También debe reflexionarse, sin prejuicios, en la influencia económica que esta institución tuvo en la vida nacional.

Si se ha juzgado con cierta ponderación la vida colonial, es de comprenderse que no se acepte la tesis de que los hispano-americanos luchaban por su independencia con el único objeto "de romper las cadenas que nos ataban a España".

Otras motivaciones hallará quien estudie nuestra historia: las amenazas a una nacionalidad, el embarnecimiento de una economía, los asientos de una cultura religiosa, las profundidades de una moral, los progresos metalúrgicos, las enseñanzas de las letras, el desarrollo de las relaciones comunales el entendimiento entre los hombres, los sistemas de trabajo, el culto de lo heroico, las desproporciones del placer, las necesidades del comercio, los principios de la libertad.

El autor procede a juzgar a los hombres que intervinieron en los acontecimientos del siglo XIX y lo hace función del bien o el mal que hicieron a las instituciones.

A Hidalgo se le debe el haber forjado el concepto de independencia, destinado a ser una realidad dentro de la vida institucional de México. En Morelos admira su grandeza cívica, su afán antiesclavista, su noble actitud al enaltecer el concepto de la palabra *americano*. Fue capaz de obedecer y se mostró también extraordinario como hombre de mando. Valiente en los combates, en él se daban además las dotes del legislador y del revolucionario.

Consumada la independencia viene después una época mal llamada cruel, variable y nefasta. Y sin embargo, de esa época tan condenada comienza a surgir el nacionalismo. En sus vicisitudes encontramos el secreto de su grandeza.

En tal edad no existen cálculos en intereses, ni medidas a los sacrificios, ni ambiciones que ahogan. Si no hay un arte, no falta lo estético; si no hay riquezas, no se está exento de abnegaciones; si no hay Estado, no se excluyen las instituciones; si no hay victorias, vive el patriotismo. Negar lo bello y lo grande en medio de la tanta idealidad de esos días, o es desconocimiento de la ciencia humana, o inversión de la historia de los hombres y de la sociedad.

Mucho contribuyó a desvirtuar aquellos tiempos el escepticismo de quienes entonces escribieron la historia, porque en realidad más les interesó "buscar los lauros extranjeros que las realidades de su país".

Para el conocimiento de la época, precisa conocer la acción y el pensamiento de literatos y políticos. Unos y otros pasan por el tamiz de su crítica. Sus juicios revelan que su autor vive por encima de las pasiones de partido y que ha penetrado muy hondo en el conocimiento de cosas y hombres.

Si en 1938, en su libro *Alamán, estadista e historiador*, Valadés se expresó sobre su biografiado, en ciertos momentos con excesiva admiración; procede ahora a tratar al mismo personaje con mayor ponderación.

Tengamos a la vista las obras de Lucas Alamán. El autor denota orden, memoria, moralidad, entendimiento, idea. Embellece —y léamosle con llenura— los episodios para luego enviscar a los hombres en quienes presenta los vicios y no las virtudes. Aunque con excesiva cautela, porque no trata de lesionar sino de inferir, hace a sus enemigos huecos y tontos, impíos y cruentos, malquerientes y plebeyos. Persigue con afán demoledor las faltas de rectitud, los yerros, los engaños, los atentados contra la propiedad, la ley y las costumbres. Deja volar su pluma con la velocidad de un avión de propulsión sobre los efectos, por lo cual no penetra en las causas; y como escribe con tinta de vinagre, da a las páginas de su historia mucho de áspero y poco de apacible. Engríese tanto con sus opiniones, que es realista y republicano; y en esta merma de concierto se inflama y se opaca; y en vez de buscar la trabazón de lo español y lo americano, gasta tal número de sutilezas que le hacen el daño de suponersele antipatriota. Sin embargo, cuánto amaba Alamán a su patria; para ella requería todas las grandezas al paso que daba medida exacta a los peligros que la amenazaban. Éstos eran, según Alamán, los Estados Unidos en el exterior; la ausencia de autoridad en los negocios públicos, en lo interno; por lo cual, y no por espíritu de vasallaje, traía a España bien aferrada a su pensamiento. España, para Alamán, constituía el alma de la nacionalidad, el ejemplo de las virtudes cívicas y domésticas, la regla de las buenas disposiciones entre gobernantes y gobernados y el centro de gravedad en la alianza de los pueblos americanos. Incomprensible fue Alamán para sus coetáneos, puesto que le creían empeñado en flordelisar el otoño virreinal a la vez que dispuesto a la desnaturalización de la primavera de la República Mexicana; y si es verdad que en los trabajos históricos de don Lucas hay frialdades y propensiones para juzgar las cosas por el lado más desfavorable, no olvidemos que el autor había sido perseguido por innúmeras aflicciones y vicisitudes; ahora que, por una parte, en él vivían el estadista y el historiador y, por otra parte, no ocultaba su propósito de aristocratizar las letras, las artes, la economía, la política, sin recordar que los mexicanos eran ajenos a ese linaje. Podrá decirse que hay en Alamán una sombría cabeza extranjera; mas también un fuerte corazón nativo que si no atrae y embelesa se debe al rigor métrico en el pensamiento del estadista. Así y todo tenemos deuda con la obra

histórica alamanista. Con ésta se abre el anchuroso campo de la investigación y de la composición; y casi durante un siglo, las historias, ya de raíz privada, ya de ejercicio oficial, han sido, bien afluentes, bien brazos de delta en el caudaloso río historiográfico de Lucas Alamán.

En cambio no rectifica el tono de severidad con que alguna vez trazó los rasgos distintivos de un personaje tan difícil de analizar como Lorenzo de Zavala.

Al goce de los mexicanos cuando se sintieron dueños de un estado, respondió Zavala con fórmulas mágicas, perdiéndose con tan irracional proceder en las sombras de la naturaleza que le rodeaba. De mando sí era Zavala; pero como no sabía de amores, por más que proclamaba el patrio —que él mismo, más adelante, se encargó de convertir en ceniza— se cubrió con odios; para evitarlos no le fue suficiente la capa exterior de su inteligencia. De esta manera ulceró a su propio cuerpo, su moral y su designio políticos. Si Mora sentía las suaves emociones del retraimiento, en cambio Zavala experimentaba el placer de la exhibición y del aplauso. Por soberbia y despecho, el verse alejado del escenario político de México le infundió propósitos explícables, pero jamás excusables. Mas vayamos a la obra histórica de Zavala. Hace para ésta, en primer término, una singular traza, con la que denota sentido directivo. Sin embargo, no realiza este diseño por el deseo exclusivo de exponer la verdad y realidad de acontecimientos pasados. Entendamos: es por mucho creer en su infalibilidad política por lo que Zavala se dedica a la historia, y en consecuencia, aloja en ella, fácilmente, la censura y el pesimismo. Levanta en seguida los muros sin anchura, ni soportes, ni verticalidad. Más que la solidez de la estructura, el autor busca el techo bajo el que ha de dar a ambiciones y enfados. Quien llega a la historia carente de doctrina, racionalidad, circunspección, patriotismo, estética y moral, es que sólo quiere desahitarse. Tal lo que ocurre con Zavala al igual que a los políticos para quienes escribir de historia es tanto como manufacturarse un manto de muchos pliegues para inextricables usos. Nada de singular, en su aspecto físico, ofrece el edificio histórico de Zavala; el constructor quiso la utilidad y no la perfección.

Por las páginas del *Breviario* desfilan las siluetas conmovedoras de aquella época tan trágica como heroica. Vicente Guerrero, generoso y valiente que “no pudo conciliar los impulsos de su partido con las razones de Estado”. Bustamante que aspirando a consolidar un gobierno fuerte, fue un devoto del orden, orga-

nizó las rentas públicas y las administró con probidad, cualidades todas ellas que se aminoran cuando se recuerda su crueldad "y su desprecio a lo popular". No podía faltar la figura de Valentín Gómez Farías.

Farías tenía un espíritu predicador y era infatigable en el trabajo, aunque al igual de quienes gustan de incesantes transformaciones, poco conocía el alma humana, creyendo que todos los hombres obraban a su semejanza, puesto que él era intrigante en la política, estadista cuando gobernaba, conjurador en el antipoder, general si había soldados, subordinado si encontraba jefe, dúctil en las victorias, altivo en las derrotas. Y, como supo unir sus cualidades a sus defectos, ignoró los desmayos y fue a sí propio emulsión de mucha fuerza en cuarenta años de vida pública. En esta carrera dejó imborrables huellas de su amor al pueblo; de sus ímpetus autoritarios también. Sin embargo, ¡cuánto se hubiese elevado Gómez Farías si en vez de exagerar el principio de una sumisión incondicional humana al Estado, guía con racionalidad los sistemas políticos para el fortalecimiento del gobierno mexicano!

Su juicio general sobre Antonio López de Santa Anna no ha sufrido cambios radicales en más de tres lustros de reflexión histórica.

Hecho en el vivaque, y mientras no se apoderó de él el desconcierto de mando durante el extranjero gobierno de 1853, Santa Anna supo compartir los sufrimientos de su tropa, dio muestras incontrovertibles de un alto espíritu organizador y tuvo la obediencia y el cariño de oficiales y soldados; y si no logró conquistar lauros en los campos de batalla, fue porque era demasiado imaginativo, puesto que en lugar de los fríos cálculos del estratega, gustaba presentarse idealmente a sí mismo las fuerzas militares propias y las del enemigo, bordando también a través de su inagotable fantasía los planes y dirección en las operaciones de guerra... Por costanero y tropical, en los amaneceres de la salud, Santa Anna era afable, prudente y emprendedor; pero al encuentro de los serios obstáculos que siempre se oponen a la desbordante inventiva, la afección del hígado hacía irascible, retraído y voluntarioso. Pero más que esas cuestiones que conciernen al carácter del hombre, lo que faltó en Santa Anna fue una doctrina pública, brazo derecho de una doctrina moral. Por carecer de la primera, nunca pudo sobreponerse a lo débil; por ignorar la segunda, siguió los cambios del tornadizo.

Fracasada la primera tentativa de reforma, acontecida la mutilación del territorio nacional sufrida en 1848, México vivió una etapa de desaliento.

A partir de 1847, hay un incesante aleteo de cosas y pensamiento extraño a lo mexicano. Hondos, muy hondos males, acarrió al país la guerra con los Estados Unidos, no tanto por la pérdida de territorio nacional (que es daño que la conciencia y el tiempo reparan), cuanto por las dudas que se suscitaron en torno a las instituciones públicas. Atribuyóse así la derrota sufrida por México a la debilidad del sistema republicano, y no a la penuria del estado mexicano; a la separación en que México vivía de Europa, y no al europeísmo invasor y conquistador disfrazado de americano; a la falta de una clase política directora, y no a las ideas extranjerizantes; a la desorganización del ejército y devaneos de los generales, y no a la superioridad de las armas de fuego del enemigo; al egoísmo del clero y no a la pobreza nacional. Con todo esto, formóse el partido del pesimismo, que es el más avieso de los partidos, puesto que no tiene otra finalidad que la de consumir el crédito y el honor nacionales.

Mas el país va a superar su crisis de escepticismo. El lector siente, como es lógico, un gran alivio cuando comienza a leer los acontecimientos que preceden la consolidación de las instituciones liberales y el triunfo de la República. Ve a un Juárez hondamente clavado en la historia de una época. Y, sin embargo, no exagera el tono de las descripciones, le basta la exposición llana y simple de los hechos para tener el sentido de la grandeza del hombre de su tiempo.

La época de la Reforma es compleja y múltiple. No es posible para el autor de un breviario examinarla, ni siquiera en sus lineamientos generales. La mayor victoria del liberalismo fue haber logrado poner por primera vez en México, los fundamentos de una sociedad civil. Pero Valadés no examina los episodios de la lucha entre el poder civil y el clero. Hay un asunto en el que centra su mayor interés: el tratado MacLane-Ocampo. Pide que se le examine bajo la luz del método y la razón y no con las preocupaciones del sectario.

Si se quiere estudiar con provecho el tratado MacLane (1859), precisa también juzgar el de la Mesilla (1853). Uno y otro se explican como resultado de una presión exterior. Los funcionarios que en los dos momentos se enfrentaron a la voracidad norteamericana, quedan ilesos del reproche de maldad y

traición con que la pasión política ha tratado de mancillarlos.

No cesó con la mutilación de 1848 la amenaza norteamericana. Había en el pueblo y el gobierno de Estados Unidos el propósito de debilitar cada vez más a México y de arrebatárle más territorio. No estaba dentro de la lógica de la época, permitir a la República Mexicana su recuperación.

Para explicarse los hechos se necesita entre otras cosas, conocer a Manuel Díez de Bonilla y a Melchor Ocampo, quienes fueron respectivamente ministros de los presidentes Antonio López de Santa Anna y Benito Juárez.

Díez de Bonilla ha quedado obscurecido, no tanto por su pedantería, cuanto por cuestiones de partido, no obstante sus excelentes cualidades de diplomático y patriota. Hombre de talento, hecho en la escuela política de Alamán, era articulista escéptico y frío diplomático, gracias a lo cual, anticipándose a los propósitos anexionistas de los Estados Unidos, adoptó primero una actitud ofensiva a tales designios, y luego con notable perspicacia e incontrovertible patriotismo, quebrantó los proyectos de expansión de James Gadsden, puso a éste en disputa con el comisionado Christopher Ward y ganó con mucha energía la porción de territorio nacional amenazada a fuerza de armas. Por último, dejó en el tratado de 1853, artículos denunciabiles, que obligan a reconocer en Díez de Bonilla un mexicano de virtudes. Pero, si Díez de Bonilla se perdió en las entrañas de la política de 1853, en cambio, Melchor Ocampo sobrevivió a los individuos del gabinete de Santa Anna, por la fortaleza de sus ideas, la prudencia de su ánimo y la templanza de su vida. Una cualidad más poseyó Ocampo para sobreexceder a sus coetáneos: la de su pronto regreso a la mexicanidad; porque cuando parecía perdido en el pesebre extranjero, al que concurrió llevado más por su aficiones filosóficas que por su pensamiento político, supo desentoldar lo quimérico y extraño para asirse de lo propio. Sin embargo, en su afán de engrandecer al Estado, todavía quedáronle resabios exóticos; mas éstos se debieron a la irreducible naturaleza que dio a su doctrina, puesto que para Ocampo —y así lo proclamaba— la libertad era conquista y no herencia. A su parte, pues, lo que en forma tuvo Ocampo de estadista a la europea, para estudiarle en las empresas iluminadas con el sentido mexicano, que mucho abundó en la mayoría de los capítulos de la vida de Ocampo.

Tanta impresión produjo en Valadés la literatura existente sobre el tratado MacLane-Ocampo, que durante varios años.

será objeto de su estudio. Seguirá reuniendo documentación y hablará de él en su libro *Ocampo, reformador de México*. No satisfecho aún, en *Historia del pueblo de México*, lo hará objeto de una de sus reflexiones más luminosas. Partirá de la base de no considerarlo como una simple tentativa de pacto entre el gobierno mexicano y el norteamericano, sino como uno de esos hechos que están ligados a los grandes problemas internacionales de una época.

En aquellos años México no podía sustraerse al influjo de una política mundial que más que el acrecentamiento territorial de las naciones poderosas, se deseaba la hegemonía económica. El momento sorprendía a México en plena desunión. Dos partidos se disputaban la preeminencia política, había dos maneras de concebir el patriotismo.

Víctimas, pues, de ideas opuestas a las culturas mexicanas fueron los partidos liberal y conservador; y si el primero no descubre a tiempo los malévolos propósitos del extranjerismo y no se enfrenta resueltamente a éstos, hubiese sucumbido, como el segundo, envuelto en la negra sábana de la antimexicanidad.

Seguía siendo México “campo de rivalidades de doctrinas exóticas”. Pocos momentos habían sido tan dramáticos. En aquel entonces “si no se intentaba destruir los mojones de la heredad nacional, sí se intentó romper los cimientos de la vida de México, para civilizarlo a la europea”. Aun después del fracaso de la tentativa monárquica auspiciada por Napoleón III, y cimentada la República, el país tuvo que sufrir el retorno del extranjerismo.

Lo mexicano permaneció incólume; y sólo estuvo en peligro de despencarse cuando los caudillos políticos y literarios, por creer que el progreso era obra de las prisas imaginativas y no solidez de experiencia y razón, volvieron —comprometedoramente para los designios patrióticos— a abrir las fronteras de México a las aventuras e interferencias del extranjerismo. Mas, creo que antes de proceder a la revisión histórica de ese capítulo nacional, que empieza cuando declina el Alto Porfirismo y termina en lo que con mucha propiedad se llama Revolución Mexicana.

De la fecha en que Valadés terminó de escribir su *Breviario* al momento en que su *Historia del pueblo de México*

fue publicada, pasaron 18 años. Durante este largo periodo publicó obras de singular importancia, entre las que destacan: *Ocampo, reformador de México*, *Imaginación y realidad de Francisco I. Madero*, *Historia general de la Revolución Mexicana* y los dos volúmenes que integran la segunda parte de *El porfirismo, historia de un régimen*.

Aunando a su erudición la experiencia acumulada en multitud de viajes hechos en el extranjero, Valadés estaba preparado para dar una visión de conjunto de nuestro panorama histórico.

La nueva obra de Valadés tiene un importante prólogo de unas cuarenta páginas, que su autor declara no es necesario que sean leídas por quien tenga interés en "penetrar en el alma y cuerpo de la vida del pueblo mexicano". Cabría, sin embargo, hacer una observación: su historia no está escrita para un público general, bien que haya multitud de páginas asequibles a todo tipo de lectores. Para la comprensión plena de la obra se reclama el conocimiento de los hechos esenciales de la historia de México. Serán los especialistas en historia, los que obtendrán el máximo provecho, de la lectura de los tres tomos que la integran.

Es la primera vez que Valadés precisa, aunque de una manera somera, su posición ante la historiografía que se ha ocupado de México durante cuatro siglos. Reconoce las exigencias científicas que impone a la investigación histórica nuestro tiempo, pero trata hasta donde le es posible, de hacer un juicio exacto. Ha llegado a declarar que no piensa haber logrado una novedad ni menos una excelencia. Algún lector suspicaz podría pensar que esa declaración constituye una falsa modestia. Pero quien conozca a Valadés comprenderá que tal actitud no puede existir en él. Ama sus obras, pero jamás se envanece de ellas. Él es de aquel género de escritores que al llegar al final de una jornada, después de una larga lucha entre lo subjetivo y lo objetivo, después de todos los debates de conciencia que preceden una publicación, no queda enteramente satisfecho con los resultados que ha obtenido.

Más de alguno de los lectores de Valadés habría querido que esa *Historia del pueblo de México* hubiera sido el libro de sus libros, la suma y síntesis de sus actividades de historiador, "la plata labrada de su talento". Jamás Valadés escri-

birá tal obra. La aguja magnética de sus aspiraciones es la misma. En su carrera de gran trabajador de la historia, siempre ha puesto la misma pasión generosa, la misma tenacidad creadora, la misma devoción por México. ¿Pero por qué unas obras tienen más valor que otras? No le es dable al escritor y menos a uno tan fecundo como Valadés, lograr la uniformidad. Por otra parte nunca hay que olvidar las peripecias que han surgido en la vida del autor, durante el proceso de creación de una obra.

José Valadés dijo un día, que quienes juzgan a los escritores nunca debían olvidar las condiciones dentro de las cuales una obra se escribe. La vida de Valadés ¡ha sido durante varias décadas, tan agitada, tan dramática, tan llena de emotividad! Él ha consagrado al cultivo de las letras, medio siglo de laboriosa dedicación. Dentro del marco de su azarosa existencia goza ya de una paz de dos lustros. En este crepúsculo de serenidad, llegó al final de su *Historia del pueblo de México*. Publicada en 1967, la precedieron quince años de continua meditación y estructuración. Todavía lo dominaba una actitud dubitativa. Quería aún dedicarle quince años más de reflexión. Mas don Jaime Torres Bodet le hizo “palpar la realidad con la yema de los dedos”. ¿Le alcanzaría la vida para dar cima a esta obra?, ¿tendría la lucidez de espíritu durante estos años para poner sus energías al servicio de sus propósitos? Tales razonamientos precipitaron la publicación.

Valadés ha publicado en los últimos diez años trece libros y algunos más están listos a hacer su aparición. ¿Cómo puede explicarse tanta fecundidad? No debe olvidarse que Valadés ha dedicado al estudio de la historia más de cincuenta años. La obra de las últimas dos décadas es, en cierta manera, el resultado de toda una vida de sacrificio y de constantes desvelos. Alguna vez se le ha sugerido que modere el ímpetu de sus actividades, pero nadie logra contener el ritmo vertiginoso de su laboriosidad. No quiere dejar sin concluir, tantas obras iniciadas.

El crítico que juzgue los últimos libros de Valadés no debe olvidarse de las condiciones en que se han producido. El historiador podrá haber escrito de prisa, pero siempre ha procurado pensar despacio. Como su biografiado Ocampo en cuestiones de alta importancia para México, “sólo escribe sobre lo que tiene meditado”. Excelente prosista, sin em-

bargo, nunca ha considerado al estilo literario como una de sus preocupaciones cardinales. Es frecuente el caso en que sacrifica la belleza de las letras en aras de la precisión científica. Entre los esplendores del estilo y el poder de la verdad, se inclina sin reticencias por lo segundo. Para satisfacción del lector, cabría decir que en la mayor parte de la *Historia del pueblo de México* campea la claridad y la belleza. En pocos libros suyos pudo ostentar con tanta gallardía, como en éste, todos los lujos de su prosa. Hay, sin embargo, determinados capítulos en que los datos científicos o la difícil exposición de algunos temas, exigen un gran esfuerzo de comprensión al ser leídos.

La digresión ha sido larga. El complaciente lector la perdonará por necesaria. Retornemos al prólogo. Parte el autor de la consideración de la existencia de un México anterior a la llegada de los españoles. La necesidad de hacer la historia prehispánica con enfoque mexicano es desde el principio su obsesión. Sin embargo, cree que los países de Centroamérica, del Caribe y de la parte boreal de Suramérica trabajarán por elaborar la historia de una Cultura Atlántica. El estudio de la cultura caribense y mesoamericana no puede ser exclusiva de las preocupaciones de los mexicanos.

En su afán de estudio por valorar esta etapa de la historia de México, sabe que de ninguna manera es un precursor. Enumera a los pioneros que abrieron esta ruta a la investigación. De allí su reconocimiento a Manuel Gamio, Alfonso Caso, Wigberto Jiménez Moreno, Eulalia Guzmán, Miguel Othón de Mendizábal, Francisco Plancarte y Navarrete y Antonio Villacorta.

Desde sus primeras páginas, ostenta Valadés una impetuosidad agresiva ante aquellos historiadores no mexicanos, a quienes considera deformadores de la verdad.

A la mayor parte de los lectores habrá de sorprenderles la severidad con que juzga a fray Bernardino de Sahagún. Lleva a cabo un ataque por varios flancos. Declara que el autor de la *Historia general de las cosas de la Nueva España* no poseía una cultura muy sólida y que escribió bajo el influjo de las preocupaciones teológicas, sacrificando así en ciertas ocasiones la verdad histórica al prejuicio religioso. Afirma que sobre Sahagún ejercieron poderoso influjo obras como las de Herodoto de Halicarnaso, que lo llevaron a desvirtuar

sus observaciones. Declara, también, que fue víctima del evermerismo que tantos adeptos tuvo, pero que no por eso dejó de ser contrario a la verdad histórica. Mas no todo es censura, Valadés da la impresión de haberse percatado de que sus acusaciones han sido demasiado severas y procede a reconocer una parte de los méritos de Sahagún.

A pesar de todo esto, no debemos desconocer la laboriosidad de fray Bernardino; tampoco la nueva riqueza que proporcionó a la lengua náhuatl, hispanizándola o latinizándola ingenuamente, sin perfidia, como todos los frailes que concurren a servir a su rey en tierras de nuestro continente.

Con Pedro Mártir como cronista no guarda más consideración que la de reconocer su talento literario. Ve en él un cortesano, "que emplea la nobleza de las letras para servir a los poderosos". Cree que los monarcas de España debieron estar, con razón, satisfechos de aquella prosa con la que se exaltaban las armas conquistadoras. ¡Pero cuánta exageración en sus descripciones de la vida de los pueblos indígenas de América!

La desconfianza que siente Valadés hacia las crónicas de los frailes se antoja excesiva. Podríamos aceptar que, si es verdad que los religiosos "midieron muchas veces los acontecimientos con la vara de las preocupaciones teológicas o conventuales", también es cierto que en innumerables momentos escalaron las más altas cimas de la seriedad crítica. No es, sin embargo, desdeñable el consejo de acercarse con prudencia a las fuentes históricas elaboradas por los misioneros y ponderar su validez científica.

Es obvio que muchas de las apreciaciones de Valadés, sobre obras referentes a México, suscitarán refutaciones tan vehementes, como los ataques que él endereza contra ciertos autores. Pero no siempre emplea un acento severo. Más bien predomina la serenidad crítica en sus juicios. Él, que tanta admiración sintió y siente aún por Alamán historiador, lo juzga con reservas.

Cuando nos acercamos a los comienzos del siglo xix y a la Guerra de Independencia, con la obra de don Lucas Alamán (*Historia de México*, 5 t., Méx., 1849-1852). ¿Cómo servirnos en nuestros días de esa obra magnífica en literatura y rica en observaciones,

cuando los últimos cincuenta años nos han proporcionado historiadores que siguen a paso las fuentes originales y nos conceden un documento tras otro documento? ¿Cómo repetir las dramáticas escenas de 1810, reproducidas con señalada viveza por Alamán, cuando el Archivo General de la Nación nos ha proporcionado en su Boletín, documentos de gran valimiento, que sustituyen las elegancias literarias de don Lucas? ¿Y cómo seguir las páginas de Alamán, cuando don Juan E. Hernández y Dávalos nos legó, en seis grandes tomos, la impecable *Colección de Documentos para la Historia de la Guerra de Independencia?* (Méx., 1877-1882.)

Valoremos asimismo, frente a la obra de la memoria, los papeles que sobre el cura José María Morelos, publicó la Secretaría de Educación Pública (México, 1927). Así también, si la descripción que hizo Alamán sobre la entrada de los insurgentes a Valladolid y Guadalajara, no deja de tener destellos literarios y propósitos de Historia, en nuestros días no podemos pasar por alto los trabajos documentados de don Jesús Amaya (*Hidalgo en Jalisco*, Guadalajara, 1954) y de don J. Romero Flores (*Historia de Michoacán*, t. 1, Méx., 1946).

Los documentos, pues, y los historiadores documentados como don Vicente Fuentes Díaz, nos llevan a una certísima Historia de la Independencia; y si a esto se agregan los papeles, hechos públicos, de don Agustín de Iturbide, el primer trono mexicano de la realidad documental, difiere de la prosa de Alamán.

Otro tanto acontece con los escritores de la historia nacional correspondiente al primer tercio del siglo XIX: los señores José María Luis Mora (*México y sus revoluciones*, París, 1836) y Lorenzo de Zavala (*Ensayo histórico de las revoluciones de México*, París, 1831). ¿Quién puede confiar a la memoria de ambos autores, los días de la edad heroica del México Independiente? Hoy, con sus muy documentados y hermosos *Poinsett*, *Historia de una gran intriga* (Méx., 1951) y *Santa Anna: Aurora y ocaso* (Méx., 1956), don José Fuentes Mares llena una interesante época mexicana; y si a estas obras se agregan los nutridos trabajos que sobre materia económica dejó don Luis Chávez Orozco, los que escribió con mucha galanura don Miguel Quintana, los muy didácticos, pero también sin apartarse del documento, de don Agustín Cue Cánovas, ya tendremos una verdadera urdimbre para empezar a juzgar grave y realmente a la aparentemente aborrecible mitad del XIX.

Dentro de esta enumeración de compiladores de documentos, tendría derecho a ocupar un lugar distinguido Ernesto Lemoine con su libro *Morelos, su vida revolucionaria a través de sus*

*escritos y de otros testimonios de la época.* La obra referida no solamente es una excelente selección de documentos paleografiados por el propio autor, sino que los precede de un importante estudio.

Valadés no mira con mucha simpatía esa escuela histórica representada por hombres como Manuel Orozco y Berra, José Fernando Ramírez y García Icazbalceta.

Esta surgió, aunque en medio de muchas indecisiones, en las manos de don Joaquín García Icazbalceta, de don José Fernando Ramírez y de don Manuel Orozco y Berra. Para éstos, el documento era un material de construcción sumamente frío y áspero. No daba el calor del alma de una Nación. No proporcionaba fluidez al pensamiento. No localizaba la preocupación humana. Era vasta en la extensión; pero corta en la profundidad. Había, pues, que emplearla en medio de la alegoría; pero es que aquella era la época de la transición. De aquí, las incomprensiones entre Alamán y García Icazbalceta. De aquí, el poco interés hacia las primeras obras específicamente documentales; también el abuso que se hizo de las publicaciones voluminosas como las de don Francisco del Paso y Troncoso.

Con respecto a los acontecimientos de la guerra con Estados Unidos, considera Valadés que se han hecho numerosos trabajos, entre los cuales el de don Vito Alessio Robles ocupa un puesto de honor.

Revisando la documentación que se posee sobre la guerra de intervención, le parece también que hay elementos para elaborar juicios muy fundamentados. Elogia, y con razón, la noble actividad de Gloria Grajales en los archivos de Inglaterra. Cabría agregar que es de justicia reconocerle todo su mérito a Lilia Díaz por su publicación de documentos diplomáticos de Francia, y a Guadalupe Monroy sus aportaciones para el conocimiento de la parte que estaba inédita del archivo de Matías Romero.

Acierta Valadés cuando declara que poseemos ya fondos documentales que nos permiten valorar con exactitud las miras políticas de Napoleón III. Gracias a ello puede ya medirse su verdadera dimensión.

Reivindica Valadés la importancia de las aportaciones históricas de don Fernando Iglesias Calderón con sus *Rectificaciones históricas* y de Genaro García con su *Colección de documentos*.

Había llegado la hora de sacar provecho considerable de los archivos mexicanos.

Así y todo, la escuela documental, que nos acerca a la ciencia histórica, tan noble como respetable, fue parte inseparable de la cultura nacional. Nuestros archivos se hicieron abrevaderos para propios y extraños. La cuarta década de nuestro siglo colmó archivos y bibliotecas de investigadores. La gente quiso saber los antecedentes de sus días. La Revolución produjo las primicias de un renacimiento más intensivo y estable que el traído por la Independencia.

Infelizmente, el Estado, entregado a cuitas domésticas, no puso atención a ese fenómeno que abría las puertas de un nuevo estadio de letras y pensamientos. De esto se aprovecharon, digámoslo con tristeza, los extranjeros; principalmente las universidades de Estados Unidos, sedientas de enriquecer sus archivos y bibliotecas. Sedientas también de demostrar la capacidad de sus estudiosos, de manera que corrimos el peligro de un expansionismo cultural norteamericano; pues ¿no la historia de capítulos principales de México empezó a ser escrita y publicada en Estados Unidos? Y con esto ¿no una nueva deformación, sin intención evangélica de los siglos XVI, XVII y XVIII, sino con los tentáculos de un saber dominante, apareció en nuestro horizonte?

Muchas disculpas, para efectuar esta intrusión, dieron las universidades del país vecino; algunas, ciertamente, aceptables. Una, la de acercar México al conocimiento del pueblo norteamericano. Pero, ¿no equivalía el acontecimiento a un subdesarrollo cultural, paralelo al epíteto denigrante que nos aplicó un presidente de Estados Unidos al llamarnos "pueblo económicamente subdesarrollado"? Éste era un error, acompañado de intencionalidad, al dar apellido a un pueblo eminentemente rural, ajeno, no por incapacidad humana, sino por geografía a industrializarse como los euroamericanos.

Desviando Valadés su atención hacia otros periodos de la historia de México, formula dos acusaciones contra la historiografía norteamericana. Una referente al origen del hombre americano y otra sobre la colonización de California.

Éstos, con muy patrióticos designios noramericanos, preconizaron y sostuvieron la idea de que los mexicanos eran de origen asiático y habían llegado al suelo continental a través de Berhing. La teoría —sólo teoría— tuvo su intencionalidad. Quería decir que los pobladores de México, procedían del Septentrión, conforme a lo cual, Estados Unidos nos había dado una pobla-

ción, originalmente de los propios Estados Unidos, que por lo mismo tal país tenía el privilegio de haber poblado el territorio del Centro y Sud América. Nuestros primeros ascendientes, pues, eran los asiáticos; después, descendíamos de los californicos; de los apellidados pieles rojas, también.

Si la aseveración anterior no convence suficientemente, en cambio lo que resulta irrefutable, es la reivindicación en favor de los mexicanos que contribuyeron a la colonización de la Alta California.

Es cierto, ciertísimo, que los nobilísimos frailes que marcharon a propagar la Fe y a catequizar gentiles, ya a las Californias, ya al Nuevo México, ya a Texas, no fueron mexicanos. Un indígena no tenía virtudes, según las diferentes órdenes religiosas de la época, para tales empresas del alma. De esto nada comentamos. Solamente decimos, que la Fe, como la civilización, eran en los siglos citados, privilegio de los europeos.

Pero, lo que sí es innegable, puesto que existen documentos, para ver el lado positivo de los acontecimientos, es que las tareas misionales se llevaron a cabo con dinero mexicano, con soldados mexicanos, con artesanos mexicanos y con pobladores mexicanos. Esto todo, lo ocultan los historiadores noramericanos. Lo silencian en todas sus obras, escritores tan preclaros como Herbert Eugene Bolton y Charles Wilson Hackett. Para éstos, la obra misional y la población del Septentrión mexicano, se debió a los españoles. Loan así a España; ignoran a México y los mexicanos.

Sin embargo, ¿quiénes construyeron en Nayarit y Sinaloa los barcos que llevaban lo conducente para poblar las Californias? ¿Quiénes, si no mexicanos, en su mayoría procedentes de Sinaloa, los que fundaron San Francisco, Los Ángeles y San Diego?

Y volviendo nuevamente a pensar en los archivos y en la investigación de documentos, el autor de la *Historia del pueblo de México* señala deficiencias, pero con un propósito no de simple censura para emular a la superación.

Mas dejemos el juicio histórico sobre la intrusión extranjera en nuestra Historia, para volver al trato de lo referente a los connacionales, quienes a pesar de una imprevención académica, tienen apoyo en sus valuaciones y evaluaciones, gracias a una bien sentada tradicionalidad. El amor a las piedras de la antigüedad, ha hecho una escuela sólo comprable a la del romanismo histórico. No podremos tener nuestros archivos a la altura de

la riqueza euroamericana; pero hay un alma conmovedora, estudiosa y cada día más proba y conducente, que señala el camino de investigaciones y composiciones. Admitamos sin embargo, que hay en ambas un tanto de amenazante intrusión oficialista. Ésta no opera mediante órdenes o censuras, sino por medio de promesas o compromisos. La marcha de una burocratización, no se ha detenido para penetrar al desarrollo de la capacidad histórica nacional. No se han dado casos, por este influjo oficial o debido a la cómoda inclinación hacia los empleos públicos, de infidelidades históricas; pero sí de abandono de aquellos temas que pueden comprometer al escritor en sus relaciones con el Estado mexicano, y que por lo mismo, si no suprime, sí mutila el talento nacional.

Una mirada hacia el siglo XIX y principios del XX hace pensar a Valadés en lo grave que fue la influencia de las actitudes periodísticas interviniendo en la formulación de juicios históricos. Al escogerse a Francisco Bulnes como representante de esta tendencia, no se incurre en exageración. El influjo de esta postura fue tan nefasto que aun espíritus tan brillantes como Carlos Pereyra se sintieron afectados por ella.

Mas el talento de don Carlos pudo sobreponerse a aquella actitud. Ve Valadés en Pereyra "el más ilustre y elegante escritor de Historia nacional". Formula en seguida un juicio general sobre las cualidades positivas y negativas del historiador saltillense.

No poseía el señor Pereyra las virtudes inquisidoras de don Luis González Obregón... De Pereyra también, a pesar de su credulidad periodística, recibimos asimismo el método analítico. La abundancia documental; la precisión del acontecimiento por el sistema del cotejo, el encuentro de la palabra adecuada para aplicarla a hombres y hechos, no bastaban en un régimen histórico cercano a la valoración y juicio. Era necesario el examen para determinar la categoría; los accidentes y propiedades de las cosas que entrasen a la materia de la Historia. Y tal es lo que realizó el señor Pereyra... Aunque sí es verdad que el propio Pereyra cayó en algunas ocasiones en las tentaciones partidistas (Cf. en *El mito de Monroe*, Madrid, 1931 y en *La obra de España en América*, Madrid, s.f.), no por ello desmerece lo analítico que había en él. Los desengaños personales, su condición de destierro y la pérdida de una posición política y diplomática a la que tenía derecho por su ilustración y talento, tuvieron en algunas ocasiones, una poderosa influencia sobre su vocación histórica... A sustituir las arideces del alma pereyriana llegó una pléyade de

estudiosos mexicanos, ya con el espíritu del análisis de Pereyra, aunque sin la perseverancia en el trabajo de éste; porque difícil ha sido hallar en nuestro medio poco universalizado y todavía más cortamente estimulado, la reunión de las tres virtudes principales de una vocación histórica; la insaciabilidad inquisitiva, la laboriosidad continua y permanente y el desmenuzamiento, compulsiva y armonía de las cosas entre sí y en su unidad.

Jorge Flores, Luis Villoro, José Bravo Ugarte, Daniel Cosío Villegas forman parte de esa pléyade que sucedió a Pereyra. Al hablar de Cosío Villegas, Valadés que en muchos aspectos es un espíritu diametralmente opuesto al suyo, le hace, sin embargo, un alto reconocimiento a sus méritos.

Cosío Villegas tiene una obra con grandes alas; y aunque fue auxiliado por un competente grupo de colaboradores, de todas maneras, le correspondió la dirección de la obra; y dirigir es un saber y una labor que no es dable a todos los talentos. La obra del señor Cosío Villegas, sin embargo, no ha sido pesada ni medida en sus internas disposiciones ni en sus salientes proporciones. Enseña, eso sí, cuán responsable empresa se presenta en el horizonte de una escuela histórica mexicana que, si en nuestros días, ha tenido un receso en lo que respecta a la ardua y nunca recompensada tarea de investigación, está llamada a proliferaciones futuras.

Al llegar al final del prólogo, Valadés se cree en la necesidad de aclarar qué norma ética lo guió a través de su trabajo.

Lo único que puede tener valimiento —aunque sea excesivo pretender valimientos— en esta obra, es que el autor desde la hora en que escribió la primera cuartilla de papel, olvidó todos los agravios, desechó las posturas dramáticas que se encuentran al través de la historia de todos los pueblos, dejó al margen de la laboriosidad que exige el repaso y estudio de las fuentes utilizadas en el trabajo, el sentido de lo admirativo, y sólo tuvo a la vista la reconstrucción de una mexicanía que se dilata entre la montaña bronca y el llano yermo.

Sus referencias a los autores no mexicanos, tienen como finalidad entroncar a México con lo universal.

Las citas que se hacen de autoridades extranjeras, principalmente en los dos primeros capítulos, obedecen a la muy corta

universalidad que poseemos al asociar la vida primaria de México a la del mundo. Este desdén que nuestros eruditos han tenido hacia el estudio del desenvolvimiento del Orbe, es deplorable en nuestros días; pues aunque poseemos una autoctonía de algunos milenios, éstos no pueden ser estudiados sin el conocimiento y cotejo universales. Es una pena el empeño oficial para averiguar las menudencias virreinales en los archivos y bibliotecas de España y el poco interés, que debería ser primordial, para acercarnos al estudio de las familias indígenas de Estados Unidos y de Centro América, que pertenecen a nuestro tronco, que son incuestionablemente parte de nuestros más antiguos parientes. No se pretende que nuestros trabajos investiguen y compongan la historia de los países centroamericanos. Eso no; de ninguna manera. Pero ¿por qué no hacer una carta de trabajo que comprenda la asociación de tareas prehistóricas e históricas en la zona del Caribe? ¿No sería tal acontecimiento el principio de una Cultura Atlántica, que nos emanciparía de la tutela euroamericana?

Quizás eso sea actualmente una quimera. Pero entendamos que aun cuando la Historia se escribe en nuestros días, ésta debe tener una pretensión de longevidad; y ello no porque tal sea nuestro deseo, sino porque el libro, sobre las glorificaciones, que ayer fueron de las armas y hoy son del dinero, tiene la virtud de saber esperar. Y de esperar silenciosa y pacientemente. Por esto mismo, no corremos prisa alguna ni nos interesa el desdén o el aplauso. Una misión mayor tiene el trabajo histórico; y éste no es, ciertamente, para dejar latentes supuestas responsabilidades, puesto que el libro no es una sumaria, sino un testimonio que procura acercar al género humano a la realidad de la sociedad, de la naturaleza, de las instituciones, de las ideas.

No tiene el autor pretensiones eruditas, pero sí aspira a suscitar inquietudes en las nuevas generaciones y a que México alcance un sitio digno en el concierto de las naciones.

El cumplimiento de este deber, en relación a México, es el que ha guiado este trabajo, que no pretende modelar tareas académicas ni sociales; que no intenta prioridades de ningún género; pero que sí quisiera despertar el interés bastante y considerado entre las nuevas generaciones, para que sean éstas las que nos proporcionen una historia monumental que comprenda los antecedentes de la familia en la autoctonía Continental, desde el horizonte canadiense hasta los límites de la Patagonia a donde la expansión del siglo xvi, ahogó un pasado primitivo, rústico, crédulo, pero hermoso; que abarque la supervivencia de esos

pueblos nativos al través de la dominación europea, y que termine con el desarrollo de los fascinantes días que se siguieron a la emancipación del XIX, cuando fue necesario construir, entre pesar y pesar, entre contento y contento, una clase selecta en todos los órdenes de la vida Continental. Sólo así, nos entenderíamos y nos haríamos entender. Sólo así, nos emanciparíamos de las tutelas Occidentales, que nos han acarreado tentaciones y compromisos, amenazas y violencias.

Comprenderá el lector, que en contra de lo que ha dicho el autor con excesiva modestia, el prólogo examinado tiene un interés cardinal. Podemos ya penetrar en las ideas generales de la *Historia del pueblo de México*.

Quienes están familiarizados con la bibliografía de José Valadés conocen perfectamente que el estudio de los siglos XIX y XX constituyen el punto central de sus preocupaciones. No pocos serán los que se sorprendan al enterarse que durante muchos años, en actividad silenciosa estudió con particular interés asuntos de historia prehispánica y del periodo llamado colonial. Mas el historiador no marchó por los senderos trillados, tratando de hacer trabajos semejantes a los que ya habían sido emprendidos. Siguiendo una línea de conducta muy personal, se enfrentó a temas que han sido poco estudiados.

Antes de entrar en el estudio del mundo prehispánico el lector no debe olvidar ciertos principios básicos que sirven para explicar la postura del autor de la *Historia del pueblo de México*. Cree que los religiosos españoles alteraron las lenguas indígenas; que sus crónicas contienen multitud de falsedades; y que ciertos mitos y personajes históricos al ser analizados por europeos sufrieron deformaciones. Si los pueblos precortesianos tuvieron sus mitos, en gran parte el hombre español al hablar sobre el pasado indígena contribuyó a crear mitos que jamás habían surgido en la mente de los antiguos pobladores de México.

Quien examine el índice de temas sobre historia prehispánica abordado por Valadés siente la fascinación que le produce el nombre de los títulos: "Las huellas migratorias", "El cotejo de voces", "Culto de lo admirable", "La integración de las culturas". Pero no estamos ante una historia romántica, una apretada erudición campea en todas las páginas. Los capítulos que pueden ser leídos de prisa, deben ser lentamente meditados aunque a veces podamos no estar de acuerdo con su contenido.

Está muy de moda que nuestros investigadores al estudiar el mundo precortesiano dividan éste, para su mejor estudio, en horizontes culturales. José Valadés aun cuando lo da a entender en el curso de su relación, que hubo en aquella civilización varios niveles culturales, no se pierde en ese laberinto de clasificaciones cronológicas que todavía son objeto de las más apasionantes polémicas.

Dos cuestiones fundamentales le preocupan: cuál es el origen de los hombres que él llama premexicanos y qué grado de cultura lograron los pueblos indígenas que encontraron los españoles al arribar a tierras de México. De las 170 páginas que dedica al estudio de lo precortesiano, más de las tres quintas partes se refieren a este complicadísimo asunto del origen del hombre americano y de las probables rutas de los grupos indígenas que poblaron el territorio de México.

De ninguna manera trata de sentar plaza de sabio, sino que se plantea dudas y nos las plantea. Cree, desde luego, que el hombre americano no es originario del Nuevo Mundo, sino que procedía de otro continente. No acepta la teoría del paso por el estrecho de Bering, por creer, entre otras cosas, que no se tienen noticias científicas precisas, que puedan demostrar que las regiones del norte de Asia hayan estado pobladas en la fecha en que pueda haberse efectuado la emigración. No descarta la posibilidad de un arribo del hombre asiático a América, pero de ninguna manera por el estrecho de Bering. Se inclina a pensar en la emigración de hombres provenientes de África en una época muy antigua y en condiciones que la ciencia actual no puede aún precisar. El autor cree que pudo haber sido la zona del Caribe la primera en poblarse y después de allí partieron dos grupos, uno que llegó a la región del delta del río Pánuco y otro que ocupó la zona ístmica de América y de allí avanzaría en dirección al norte hasta ocupar tierras que hoy son de México.

Se comprende que las tesis de Valadés se enderezan fundamentalmente contra autores como Hrdlicka, que sostienen la tesis del origen berhiniano y hablan de una emigración que avanzando de norte a sur llegó después hasta la parte más austral de América.

Es indudable la honradez intelectual con que ha procedido Valadés al abordar estos temas tan complicados y en los cuales él no es propiamente un especialista. Pero precisamente por

no serlo toma todas las precauciones. Ha penetrado en los dominios de la geología, la geografía, la historia, la arqueología. Ha efectuado también cotejo de voces para buscar probables afinidades de grupos raciales. Por el tamiz de su análisis han pasado investigadores norteamericanos, ingleses, alemanes y franceses.

Los datos se acumulan, la erudición abrumba. Más que resolver problemas, los plantea. Nos contagia con sus dudas. Estamos todavía “ante misterios insondables”, para emplear una metáfora del propio autor, quien por otra parte bajo el peso de su actitud dubitativa llega en cierto momento a exclamar ante uno de los tópicos que aborda: “acércase tanto el tema a la ficción que las ventanas de la vocación histórica se cierran herméticamente a las teorías errantes”. Cómo puede separarse lo que es estrictamente histórico, de lo que pertenece al dominio de la fantasía. Nos domina la angustia, pero es una angustia creadora y fecunda, con una ventana siempre abierta a la esperanza. Ante estas inquietudes bien podríamos evocar la memoria de Lucien Fabvre, espíritu semejante al de Valadés, en su sensibilidad generosa y en su afán por llevarnos al campo de las reflexiones científicas.

En el bello libro jubilar que publicó el *College de France* con ocasión de su cuarto centenario, se encuentra reproducido, gracias a la atención de Paul Hazard, un documento emocionante. Es una página de notas autógrafas de Michelet —anotaciones hechas con su fina caligrafía, antes de una de las últimas lecciones que profesó aquí—. En ella, vibran ya las cadencias del gran poeta de la historia romántica: se lee lo siguiente:

“¿Por qué no tengo partido?.. Porque he visto en la historia la historia y nada más...

¿Por qué no tengo escuela?... Porque no he exagerado la importancia de las fórmulas, porque no he querido someter a ningún espíritu, sino al contrario, liberarles, darles la fuerza que permite juzgar y encontrar.”

Mi aspiración es que un día, próximo o lejano, al término del curso que hoy inauguro, pueda merecer que se me rinda este homenaje: “En la historia sólo vio la historia, nada más”... En su magisterio no sometió a los espíritus, porque no tuvo sistemas —sistemas de los que también Claude Bernard decía que tienden a esclavizar al espíritu humano—, en cambio se preocupó por las ideas y las teorías; por las ideas, porque las ciencias sólo avanzan gracias a la potencia creadora y original del pensamiento; por

las teorías, porque, sin duda, sabemos perfectamente que nunca abarcan la infinita complejidad de los fenómenos naturales: son grados sucesivos que la ciencia, en su deseo insaciable por ampliar el horizonte del pensamiento humano, consigue unos tras otros con la magnífica certeza de no alcanzar jamás la cumbre de las cumbres, la cima desde donde se vería la aurora surgiendo del crepúsculo.

Después de analizar un centenar de páginas en que Valadés acumula "una potencia de veinte atmósferas", se siente la necesidad de respirar otras atmósferas menos densas, el propio autor nos conduce hacia tópicos más amables. Se pisa ya un terreno más firme. Dirige una mirada hacia el conjunto de las culturas prehispánicas, no estudia ninguna de ellas en particular, pero sí nos da visiones impresionistas. Un fervoroso aliento de mexicanidad inunda sus páginas. Sus últimas reflexiones acerca del mundo indígena están dedicadas a los aztecas, y rinde un homenaje de admiración a ese grupo humano que tuvo como centro la capital de los tenochcas.

Además, podremos dudar de los hechos accesorios; pero lo que no es posible dejar sobre el campo de lo inseguro o eventual, es que la ciudad de México quedó fundada y que fue la cabecera no de una porción tribal ni de un país bárbaro, sino que estaba destinada a ser el centro capital que aglutinaría una nacionalidad.

Asimismo es dable establecer que los cimientos de tal nacionalidad, aparentemente débiles, por las características tan singularmente autóctonas de sus individuos, fueron construidos con los conocimientos no tanto de las ciencias universales, cuanto de los preceptos que dicta la razón reflexiva. Y entendamos, antes de que se produzca el choque entre la civilización continental y la civilización europea, que aquélla fue el meollo de la vida del pueblo que, asociado al porvenir de la ciudad lacustre, adoptó el nombre de México.

En el análisis de la conquista y la dominación españolas no adopta Valadés una pauta de hispanista ni de antihispanista, sino que su criterio está más allá de estas dos posiciones doctrinales. A los que argumentan que el México anterior a la llegada de los españoles no poseía una unidad social y lingüística que le dieran un cuerpo de nacionalidad, les contesta que tampoco la tenían ni España ni Italia, ni otros países europeos que en esos momentos estaban en vías de integración.

En los juicios del autor no hay rencores, pero sí un marcado acento de nacionalismo. Pero este nacionalismo no le impide en múltiples momentos reconocer ciertas grandezas de España. Admira a la reina Isabel de Castilla por sus concepciones de estadista que la llevaron a robustecer el poder del Estado y le permitieron impulsar la obra de conquista y colonización trasatlántica.

Aparece Colón con su dimensión humana, que ofrece a los reyes no una empresa desinteresada sino un mundo de riqueza fabulosa. "Con unos cuantos gramos de oro caribense en la punta de la cola, el diablo despertó la codicia humana."

Bien pronto la realidad defraudó los ensueños. Pero si no había oro en abundancia, allí estaba el nativo capaz de someterse a las exigencias del colono español. Así nació la encomienda. Los reyes trataron de poner un freno a la codicia de los peninsulares. Algunos teólogos se sumaron a esta noble protesta contra la ambición desmesurada.

Al ceñirse Carlos V el cetro de emperador de Alemania que unió a su corona de España, los conquistadores y colonos españoles había rebasado las limitaciones del mundo caribense. Se establecerían en tierra firme e iniciarían la ocupación de México.

El incipiente Estado español no tenía el ejército, el dinero y los caudillos necesarios para marchar a la ocupación de los territorios hacia donde iba a dilatarse el naciente poderío europeo. Hizose así necesaria una tolerancia hacia los emprendedores; y como éstos, generalmente, andaban en la edad de los treinta y tantos años, pronto adquirieron los vuelos de una clase osada y dominadora, sobre la cual no pudieron tener poder decisivo Cristóbal Colón ni su hijo Diego.

El brío y arranque de aquella juventud treintañal situada en el Caribe fue superior a las determinaciones jerárquicas, de manera que la desobediencia quebrantó los preceptos de gobierno, y estableció la fuerza y violencia del mando. Los hombres principales de la ocupación continental no serían, pues, los capacitados para gobernar, sino los aptos en mandar. Así, los jefes de mando, iban haciendo otros jefes de mando.

Tal sucedió a don Diego Colón al enviar a Diego Velázquez a la ocupación de Cuba; tal acontecería a Velázquez al ordenar a Hernán Cortés la toma de México.

Al abordar el estudio de Hernán Cortés, Valadés hace notar

que la historia de su conquista ha sido escrita por españoles para la glorificación de los españoles. No acepta desde luego la leyenda de un Moctezuma desprovisto de cierta grandeza. Tenía el monarca cualidades que las propias fuentes españolas le han reconocido.

Y, en efecto, más que débil Motecuzoma vivía entregado a la superstición. Quizás el no hallar, por falta de las comparaciones, el porqué del desarrollo de su pueblo y el porqué de su propia jerarquía, le habrían llevado al culto de la inexplicabilidad.

Esto no obstante, la más severa revisión de la vida de tal Señor, aunque sirviéndonos de documentos extranjeros o extranjerizantes, nos hace ver que los dieciocho años de su señorío no fueron obra de la violencia. Fueron complemento de una obra muy laboriosa; porque aun los documentos más desafectos al personaje, no niegan el esfuerzo de tal Señor para vivir contiguo a su pueblo. Y éste era un pueblo eminentemente trabajador. De ser ocioso no construye los monumentos hallados por los europeos, ni abre los caminos y mercados que poseía, ni inventa la agricultura sobre chinampas, ni transforma el lecho de un lago en terreno firme, ni organiza una ciudad de trescientos mil habitantes. Las acusaciones de holgazanería e incivilización que las crónicas extranjeras hicieron a los mexicanos, son incompatibles con las grandezas que los propios extranjeros dijeron haber hallado en la ciudad de México y en los territorios que ocuparon.

No se necesita, por otra parte recurrir a la hipérbole para tener la noción exacta de la medida humana del conquistador. Audaz y osado, ambicioso y capaz de hacerse obedecer de sus subordinados, encontró en el escenario de México, un marco digno de sus dotes de guerrero improvisado.

Tan inteligente así era Cortés, que a los primeros roces con el teatro del mando y la guerra, su cabeza aldeana adquirió las proporciones del caudillo. Del obsecuente servidor de Velázquez se convirtió en uno de los grandes capitanes de la historia de España; pero de ninguna manera capitán de la cronología mexicana, puesto que si hubo individuos entre aquellos aventureros extranjeros que desdeñara más a los patriotas de México, ése fue Cortés. Cierto que en sus Cartas al Emperador no dejó de ensalzar el suelo invadido y de hacer referencias agradables acerca de sus príncipes; pero esto tuvo por objeto significar que él había derrotado no a unos modestos y pacíficos principales del país invadido, sino a muy grandes y poderosos personajes.

Mas después de la conquista de México, sus cualidades de hombre de gobierno no estuvieron a la altura del adalid militar.

En efecto, nombrado por Carlos V capitán general del territorio invadido y ocupado, no logró realizar la primera empresa a la cual estaba obligado: hacerse estimar de sus súbditos y establecer en torno de éstos y dentro de ellos mismos, la confianza y la unicidad.

Lejos de esto, Cortés riñó con sus subordinados; disoció los intereses de la comunidad invasora; mantuvo un estado de inquietud entre pobladores y conquistadores; y como carecía de equilibrio personal, no pudo ni supo administrar sus ambiciones y apetitos, de manera que esto le hizo contrariar a la Corona.

Su propia obra de empresario, como se verá adelante, si fue importante en lo concerniente al arte de mandar, fue desastrosa en el intento de dar composición a sus propios hechos; pues como todo lo hacía con las prisas de un ingenio cervantino tan acomodado a aquella época de muchos albores, al llegar a las aplicaciones, éstas chocaban tan fuertemente con la realidad de cosas e individuos, que se producía el desastre y con ello las pendencias y envidias, los chismes y las desconfianzas. De aquí lo distante que estuvo siempre Cortés de las cualidades obligadas para un gobernante.

Si tales, pues, hubiesen adornado al capitán general, éste muere invicto al pie de su obra de caudillo. Y no fue así.

La tesis en cierta manera está en oposición a la sustentada por Carlos Pereyra sobre el mismo personaje.

Porque debe recordarse que Cortés no era un simple conquistador, ni un simple explorador: era un fundador de imperios en el más alto y noble sentido de la palabra. Sus relaciones con Carlos V revestían el carácter doloroso de una reversión de valores humanos. Carlos V bien podía haber sido quizá un hábil y activo lugarteniente de Cortés, o si acaso, éste no mereció nunca haber sido menos que el ministro universal, el inspirador y el guía de la gobernación del imperio, ya que por el genio político, por la grandeza moral, y aun por la sangre, no era el flamenco, sino el extremeño, el que debía de tener la representación de los destinos de la raza española. Quien haya estudiado las múltiples aptitudes que mostró Cortés; quien se haya dado cuenta de la claridad con que veía el conjunto de la obra espontáneamente realizada por su pueblo, lamenta que la dirección de aquel movimiento expansivo no hubiera estado en sus manos sino en las

de un hombre que geográficamente se hallaba a dos mil leguas, e intelectualmente, a dos millones de leguas de la comprensión de una corriente nacional sin cuyo encauzamiento España corría el peligro, en que cayó, de esterilizar una máxima porción de sus esfuerzos. Para Carlos V las islas y tierra firme, los países conquistados por Cortés, los que buscaba Magallanes, y los que más tarde le entregaron Pizarro, Jiménez de Quezada, Juan de Ayolas y Pedro de Valdivia, no eran sino anexidades interesantes, centros de curioso exotismo, fuentes de recursos para gastos de momento. ¿Pero pudo Carlos V haber soñado siquiera que allí estaba la fuerza del pueblo español, que allí estaba su futuro, y que, por lo mismo, allí debía estar el punto central de todo pensamiento constructor?

Un análisis minucioso de las cualidades positivas y negativas de don Hernando, nos permitiría una apreciación más equitativa. Ya he dicho en otra ocasión, que Carlos Pereyra nos ha mostrado algunos aspectos contradictorios en la personalidad de Cortés, que nos hacen pensar en cierto desequilibrio, aun en aquellas ocasiones en que tenemos que examinar el hombre como militar.

En la guerra fue extremoso para las precauciones, llegando su vigilancia hasta hacer personalmente las rondas, sin embargo, cometía imprudencias temerarias. Alternaba la audacia genial con la suicida, y los aciertos inimitables con los errores, algunos de ellos fatales. Cedía a los consejos de sus capitanes o sostenía porfiadamente una determinación contra cordura.

Como reconstructor de México y como hombre de gobierno Valadés le hace a Cortés muy serios cargos.

Si al éxodo de los mexicanos producido por el triunfo de los invasores extranjeros se agrega el desdén que éstos manifestaron hacia la civilización antigua de México, se entenderá cómo aquel mundo humano constituido al través de centurias pareció quedar sepultado para siempre en los días que siguieron al triunfo de Hernán Cortés.

Desintegróse en efecto, la comunidad insular y homogénea que representaba el espíritu de una Nación. Desintegráronse asimismo las comunidades que circundaban la ciudad capitana. Desintegráronse, finalmente, los nexos mercantiles que hacían vivir en comunicación y entendimiento a pueblos y familias de una superficie sin límites ciertos, pero compuesta de individuos de iguales origen y mentalidad.

El esfuerzo humano —pasta y talento de un pueblo— que fue capaz de levantar pirámides, canalizar aguas, organizar ciudades, abrir caminos, hacer comercio y vivir en paz quedó perdido casi de un golpe. La forma embrionaria de una nación, quedó deformada e inutilizada.

Ahora, todo sería nuevo. Cuando menos se haría el intento de hacer un aparte con el mundo antiguo, para fundar un mundo nuevo, extranjero y circunstancial. Y esto no iba a ser obra de un reformador social o político. Sería obra de un interesado patriotismo; del patriotismo español de Hernán Cortés.

Su fácil triunfo en el valle de México, la sumisión de los pueblos indígenas y la desolación de la ciudad tradicional y de las comunidades circunvecinas, hizo creer a Cortés que en nada influiría la vida del pasado mexicano y que lo mismo todo lo futuro correspondía a una instauración. Así empezó por llamar Nueva España a aquel país.

Triunfante, todo lo vio a semejanza de su patria; y se estimó capaz de transformar al pueblo dominado, de manera que fuese una prolongación de España. Para esto, olvidó la existencia, poder de costumbres, naturaleza de cultura y espíritu de reivindicación de los tres o cuatro millones de almas, que los cálculos conservadores otorgaron a la población indígena dispersa en un territorio sin más fronteras que el horizonte magno de los mares y nieves.

Pero mientras se llegaba la hora de hacer la Nueva España a semejanza de la Vieja España, Cortés temeroso de una reacción agresiva de los mexicanos, abandonó la ciudad tradicional del Lago y se estableció en Coyoacán. Fue aquí a donde empezó a elaborar sus proyectos, no tanto de gobernante, cuanto de empresario.

Nada de fácil tenía la tarea que se proponía Cortés; aunque empezaban a llegar los recursos de España. Las fabulosas versiones sobre las riquezas de México surtían efectos mágicos entre la gente rica de España y otras partes del mundo europeo. El gacetillero epistolar de Pedro Mártir de Anglería había despertado la codicia de reyes y cardenales; de soldados y mercaderes.

Del suelo mexicano no era posible llevar riquezas sin el auxilio de la riqueza española. Barcos y pobladores; armas y dinero; alimentos y ropa; instrumentos de trabajo y "entendidos en comercio"; semillas y bestias de carga: eso, todo eso necesitaba Nueva España. El hombre hace al hombre; riqueza hace riqueza. Así, las primeras inversiones europeas llegaron a suelo mexicano.

Materialmente, la tarea había sido comenzada por Cortés. Al efecto, en seguida de autorizar la emigración de los mexicanos, ordenó la destrucción de la ciudad tradicional. Pero, ¿cómo cum-

plir la orden, si la población nativa había huido? ¿Quiénes iban a demoler los monumentos arquitectónicos que constituían el centro de la urbe?

La desintegración, pues, de una comunidad que, no obstante carecer no sólo de un Estado nacional, sino de la idea de Estado, poseía por derecho de origen y autoctonía las características de una Nación, así como sería desastrosa para la propia comunidad, también acarrearía numerosos problemas y condiciones conflictivas para el invasor. Los sacrificios de los unos y los otros jamás compensarían la aventura europea. Al cumplirse el ciclo de la desintegración, los dos mundos —el mundo invasor y el invadido— volverían a su cauce, al igual de lo que acontece cuando terminan las violencias de la naturaleza.

Si el lector examina los juicios transcritos y las demás apreciaciones de Valadés sobre Hernán Cortés, tendrá que llegar a la conclusión de que multitud de sus ideas no serán del agrado de los hispanistas, pero que tampoco complacerá a los antiespañoles. ¿No sería ésta una prueba de equilibrio crítico? Seguramente que no pueden aceptarse todas sus afirmaciones, pero habrá que reconocer que indiscutiblemente no guió su criterio la pasión del sectario. Su juicio mismo sobre la dominación peninsular está más allá de odios de facción y se coloca en un plano de ecuanimidad.

Ahora, la expansión europea era portadora de dos nuevas formas de vivir; y aunque no iba a producir una dicha mayor de la que disfrutaban las naciones invadidas y sojuzgadas, sí iba a dar una geografía política y con ello a incorporarlas a la vida universal. Esto último constituiría la deuda perenne de México a España. No será lo mismo en lo que respecta a las fronteras políticas de la nación mexicana; porque éstas no fueron trazadas de acuerdo con el Derecho de origen, sino de conformidad a los intereses de los Estados.

La conquista de don Hernando, no podía dar solidez social a la Nueva España por él proyectada.

Aunque los mexicanos eran expulsos de su suelo, y aunque Hernán Cortés había dado nombre y deseada superficie al territorio que ocupaba, y aunque la Corona de España concedía su estatuto político y jurídico y administrativo a las tierras que Cortés puso a los pies de su Soberano, en la realidad de la verdad, dos países existían a donde sólo uno era reconocido con el nombre de Nueva España. La superposición, sin embargo,

no bastaría para dar gobierno al pueblo sojuzgado que, entregado a los efectos del terror, en lugar de resistir, se dispersaba, con lo cual perdería los principios de su homogeneidad mental. Sólo la maravillosa unidad física del suelo y de sus frutos mantendría viva su cultura y sus naturales características de nacionalidad.

El pueblo sometido se acercó a la religión, pero más que atraído por la convicción, lo hizo para buscar en el cristianismo de los frailes una protección.

En un estudio sobre lo colonial no podría faltar la figura de Las Casas y naturalmente no falta. Al juzgar al fraile dominico tiene Valadés juicios que pueden tener puntos de contacto con los del historiador Lewis Hanke.

No correspondía fray Bartolomé de Las Casas a la nobleza de España, ni a la Alta Cátedra salmantina o complutense. Movíase dentro de su alma, al igual de sus coetáneos ilustrados por la Iglesia, un poco de tomismo y otro poco de erasmismo. Movíase sobre todo, en el fondo de su ser, la emotividad aventurera y generosa de Sevilla, cuyos eran los habitantes que todavía hacia el final del siglo xvi vivían ajenos al tráfico de la Casa de Contratación y a la rivalidad de Cádiz.

Pero no era todo lo que Las Casas llevaba en su pecho. A éste le impelía la ambición del mando y poder; porque sus alegatos en favor de los hombres a quienes llamaban indios, más que la filosofía del dolor; más que la reivindicación humana; más que el odio a los encomenderos; más que la idea histórica; más que las inconsideraciones a su patria; más que el gozo de la controversia; más que un mero lucimiento personal; más que todo eso, había una idealidad política. No en vano la Orden de los Predicadores preparaba a sus individuos al gobierno de los hombres. No en vano los dominicos constituirían el cerebro del principio de autoridad dentro de las órdenes religiosas y dentro asimismo de los Estados europeos en formación; del Estado español, principalmente.

De la historia guerrera y religiosa se pasará al estudio de la historia social y política. El autor de la *Historia del pueblo de México* se pregunta:

Tres cuartos de siglo han transcurrido en Nueva España desde la llegada y ocupación extranjera, y ¿cuáles son las ventajas que en ese lapso han obtenido los nativos; cuáles los invasores?

El mismo Valadés se da la respuesta.

Los nativos están obligados a hablar una lengua que no es la suya, y por lo mismo sólo una pequeña minoría la conoce y practica; y esta minoría lo hace, para repetir las enseñanzas de la religión cristiana; pues en las transacciones comerciales, los indígenas se rehúsan a dar a su mercadería y a sus procedimientos de venta otras palabras que no sean las propias de su idioma.

Económicamente no han mejorado su condición. Un mexicano vive "la semana entera con menos de un real". La autoridad virreinal tiene tasado el jornal diario de un nativo en un cuartillo de plata (tres centavos). En Texcoco, el salario de cargadores, pescadores, albañiles, canteros y hacheros es de dos reales por seis días de trabajo.

Son tan pobres los nativos y escasea tanto el trabajo para ellos, que se reúnen en los caminos en espera de los viajeros españoles; porque como éstos tienen que llevar consigo sus camas, porque todavía no hay hospederías, llaman a los indígenas de México para cargar tales camas, a cambio de lo cual les dan un real por día. Con ese real deben comer en su viaje de ida y en el de regreso.

Dentro de esas cortedades económicas, existe una mejor condición social. Los europeos han dejado de usar el hierro para herrar a los nativos de aquel suelo ganado por la fuerza. También ha terminado el secuestro de mujeres. La familia española empieza a convivir, aunque siempre en tono de superioridad, con la familia indígena. Ésta siente amparo y seguridad bajo el ala extranjera.

En este mismo lapso de tres cuartos de siglo ha tenido lugar un gran desarrollo comercial, el crecimiento de las ciudades, el progreso de la minería, pero los grandes beneficios no son para las mayorías sino para los grupos privilegiados.

Medio siglo más tarde hay ya "signos de estabilidad". El régimen político de Nueva España no es propiamente colonial sino virreinal, equivale a un semi-Estado. El progreso y las transformaciones europeas del siglo xvi influirán sobre la vida virreinal de la siguiente centuria. Valadés parece querer censurar a Fernando Braudel su afán de "noticierismo tumultuoso". Pero es indudable que, a pesar de todo, al hablar de esa época en que comenzó "la glorificación de la autoridad y del dinero", ha estudiado muy a fondo *El Mediterráneo en la época de Felipe II*, la obra cumbre del historiador francés.

Volviendo al escenario del siglo xvii vemos cómo se consolidan las instituciones virreinales, se cimenta el poder político y se comienzan a ver los primeros grandes destellos de lo mexicano bajo la dominación colonial. La Nueva España cada día logra mayor prosperidad económica, aunque la bonanza no redunda en beneficio de la gran masa de la población.

El progreso se acrecienta en el siglo xviii, pero paralelo a este ascenso se verán cada día más claros los signos de un propósito de emancipación. Hay un gran amor hacia la antigüedad mexicana y se siente de una manera ostensible la presencia del mundo indígena. Hasta el criollo experimentará más la atracción de lo prehispánico que lo mediterráneo.

No obstante las trabas impuestas por la metrópoli al comercio y la industria, los mercaderes novohispanos constituyen una clase cada vez más rica. La minería sigue aumentando su fuerza. La orfebrería tiene también un papel muy relevante.

Del mundo rural surge una élite que escala las posiciones más distinguidas del poder y el dinero. Todos estos grupos privilegiados sentirán un día el deseo de consumir la independencia.

El exceso de riqueza permitirá un lujo inusitado.

En las casas particulares, los muros son cubiertos con damasco, terciopelos y tapices de Flandes. Los artesanados lucen tallas o pinturas. Los pisos son de ladrillo rojo con incrustaciones de azulejos. Entre los muebles hay sillones frailunos, bargueños, escabeles, bufetillos. La plata tan usada en el siglo anterior vuelve a servir para ser incrustada en sillas, escritorios y camas. En Chapultepec, a la llegada de un nuevo virrey se manda que, de ser posible, "las puertas queden embutidas de plata". La extravagancia, sin embargo, no llegó a realizarse.

Cuando el duque de Albuquerque entró a México, llevaba un tren de veinticuatro mulas cargadas con repostería; y cada animal lucía frenos y cabezadas de plata, altos plumeros y las cuerdas de cinchar eran de seda; los barrotes, de plata.

En el entierro del niño Agustín Almada Villalva, hijo del virrey marqués de Amarillas, se estableció un complicadísimo ceremonial: procesiones, misas, colgaduras, guardias de caballería, pisos alfombrados, adornos de terciopelo y seda de China.

El país es rico, aunque no fabulosamente rico. Pero éste es un perfil, hay otro más por lo menos, el de la extrema miseria. Las clases a quienes faltaba lo esencial para poder vivir, tienen

que recurrir a la violencia. Cuando el maíz faltó se produjeron motines en Puebla, Guanajuato, Tlaxcala, Pachuca y California. Los negros de Córdoba se sublevan contra sus dominadores, se ven en Sonora, Durango e Izúcar. Son manifestaciones de desobediencia interna, no se escucha todavía el grito de rebelión contra España, falta aún el caudillo que luche a favor de la independencia.

Desde el punto de vista intelectual se acentúan las manifestaciones de la mexicanidad. La especulación filosófica tiene aun método europeo, pero ha dejado de ser salmantina. El vocabulario de los escritores es hispánico, pero no oculta sino que manifiesta de una manera auténtica su mexicanidad. En la plástica son evidentes los rasgos de una inspiración nacional y hasta en la ciencia se nota el interés por lo propio.

Al otro lado del océano se efectúan cambios profundos. Carlos III y sus ministros enciclopedistas tienen propósitos innovadores y las disposiciones que se dan repercuten en América. Sólo que aun hombres de Estado, tan inteligentes y perspicaces como el conde de Aranda, no perciben con claridad el desenvolvimiento de los pueblos iberoamericanos.

Las disposiciones del conde de Aranda, presidente del Consejo de Ministros, ejercen un poderoso impacto en la Nueva España. Al decretarse la expulsión de los jesuitas, el gobierno virreinal entró en el dominio de sus fuentes de riqueza. Las minas, las haciendas, las pesquerías o perlas de la Compañía de Jesús robustecieron el poder estatal.

El virrey de México dejó de ser un simple representante del monarca, para convertirse en una especie de agente comercial.

El restablecimiento de los astilleros que Francisco Carbonel había fundado en la desembocadura del río Santiago; las nuevas exploraciones de minerales en Sinaloa y Sonora; la fundación de San Francisco de California; del centro comercial en Culiacán; la nueva búsqueda de Quivira; los buceos perlíferos en Altata; la colonización del llamado Nueva Santander; la organización de presidios, la construcción de depósitos de abastecimientos en Perote; los planes para engrandecer la urbanización de la ciudad de México; la vigilancia fronteriza para evitar los progresos migratorios de la "gente blanca" de Virginia, Nueva Inglaterra y Nueva Francia hacia Nuevo México; la organización de un cuarto Concilio; todo, todo esto, correspondió a una época que se

había iniciado con los comienzos del siglo XVIII, pero que ahora, al entrar la segunda mitad de la propia centuria tomaba cuerpo de Estado gracias a la política del de Aranda.

Para los funcionarios peninsulares la prosperidad de Nueva España formaba parte de la prosperidad del reino; y no podían sospechar "que a la sombra de ese Estado estaba surgiendo un pueblo".

Todo llevaba hacia la emancipación: el desarrollo del comercio, la prosperidad de la minería, el progreso de la ciencia y las artes, el crecimiento demográfico, el espíritu de rebeldía de las clases populares que carecían de lo fundamental.

Además la propia metrópoli había, inconscientemente, contribuido a la emancipación. A España se debía el concepto de soberanía de Estado. La educación jesuítica había exaltado el sentimiento criollo de autodeterminación. El mismo conde de Aranda constituía un vehículo de las ideas independistas.

Pero no se avanzaba a pasos agigantados. Aun le faltaba mucho al país por recorrer. Varias décadas iban a ser necesarias, para que México tuviera la plenitud de su nacionalidad.

Y no podía ser de otra manera. La dominación extranjera, había borrado los signos de un pensamiento extraespañol... Diéronse en el suelo dominado hermosas cabezas. Hubo latinistas distinguidos, teólogos y canonistas respetables, poetas y prosistas admirables, historiadores y bibliógrafos eruditos. Lo signos de cultura no fueron, pues, ajenos a la vida de la dominación extranjera.

Sin embargo, las manifestaciones de un pensamiento de nacionalidad fueron meras ráfagas de luz. El intelecto más cercano a una mexicanía se encendía y apagaba casi instantáneamente. Y ese acontecer no podía ser de otra manera. El nieto o el hijo de español, podía amar intensamente al país a donde había nacido; pero tenía que pensar como sus abuelos. El pensamiento no es improvisación; es herencia. Además, ¿cómo crear un pensar nacional sin las excelencias del roce con otros pensares?... El pensamiento continuaba siendo español; tanto o más español que en la propia Vieja España.

La sociedad colonial iba sin embargo, a sentir el impacto de un influjo exterior que precipitaría los acontecimientos. Al producirse la invasión francesa a España, Juan Francisco Azcárate y Francisco Primo de Verdad, hablaron en el Ayuntamiento novohispano en nombre de la soberanía popular.

El virrey de entonces, Iturrigaray, engrdeído con el mando, el dinero, el poder y los honores de que había gozado, quiso continuar con privilegios semejantes a los que había gozado a la sombra del nuevo orden de cosas que le ofrecieron Azcárate y Primo de Verdad. Con mucha mayor perspicacia y osadía que los miembros del Ayuntamiento el rico negociante Gabriel Yermo derrocó y tomó prisionero a Iturrigaray y a los miembros del Ayuntamiento.

Mas el atrevido golpe de Yermo, produjo en la población novohispana una enseñanza fecunda: se vio cuán fácil era derribar un gobierno establecido. Había por otra parte muchos brotes de inconformidad y el país ardía en conspiraciones.

Fracasada la tentativa de independencia pacífica, se inició la lucha armada. Valadés sin desconocer los grandes méritos de Morelos, dará a Hidalgo dentro de la insurgencia un papel de más rango que el que generalmente se le ha otorgado. Con gran penetración Valadés traza los rasgos sobresalientes de don Miguel Hidalgo. El prócer creó la primera clase selecta de la revolución. Hizo adepto suyo no sólo al bajo clero, sino al ilustrado. Reveló no únicamente dotes de revolucionario, sino también de hombre de gobierno. Como militar no tuvo técnica, sino relampagueos y un indiscutible exceso de osadía. Creó vocaciones, suscitó ambiciones de mejoramiento y de gloria. Dio impulso a un periodismo insurgente.

No es menos penetrante en sus reflexiones sobre Morelos en quien encuentra no sólo dotes de guerrero, legislador y gobernante. Tuvo además el alto mérito de que su corazón no latió para el odio. Como sacerdote había penetrado muy hondo en el alma de las gentes.

Sintiendo un gran fervor hacia Morelos, no lo ofusca esta admiración. Así puede explicarse que trate de comprender a Ignacio López Rayón y mida la importancia que tuvo Calleja como hombre de gobierno.

Sobre Rayón ha caído durante un siglo un diluvio de censuras, el autor de la *Historia del pueblo de México* brinda al caudillo insurgente una generosa comprensión.

Rayón representaba al hombre de gobierno. Creía en la unicidad de mando. Sabía que la autoridad no se comparte. Preveía el problema de la Sucesión. Consideraba que la gobernación de una Nación debía ser continuativa. Advertía que México carecía, y

carecería por larga temporada, de una clase gobernante. Estimaba que no sólo sería torpeza, sino motivo de caos, la improvisación de un jefe de gobierno, y por eso, no a manera de permanecer bajo la dominación peninsular, antes para evitar tropiezos, divisiones y constituciones quiméricas, proponía que se diese el mando de un México independiente a Fernando VII.

Por otra parte los hombres de la insurgencia, sin experiencia política, se encontraron con la resistencia de un personaje que no sólo era un guerrero, sino un gran organizador y un hábil hombre de gobierno.

Calleja a pesar de su acendrado españolismo, excluyó de toda influencia en el virreinato a los peninsulares. Creyendo que el pueblo mexicano estaba cansado de la guerra, y no obstante las huellas de violencia que había dejado en campos y ciudades, dirigió sus miras a la paz. Dio a entender que los americanos podían ser felices aun bajo la dominación española, si el país era gobernado no por el capricho personal del virrey, sino por una Constitución; y abrió el camino para que los mexicanos pudiesen elegir diputados a las Cortes de Cádiz, e hizo que no fuese nombrado diputado un solo español. Después, mandó acuñar moneda de cobre a manera de que hasta la gente más humilde pudiese manejar dinero contante y sonante. En seguida reorganizó las Juntas provinciales y dio asiento en ellas a los nativos; y acercóse a la Iglesia con objeto de restar simpatías del clero a la Revolución.

Sólo juzgando a la personalidad más destacada del virreinato, en su verdadera dimensión, puede explicarse en parte que Morelos y sus hombres a pesar de su patriotismo, tenacidad y esfuerzo hayan sucumbido ante la fuerza de la dominación española.

Después de la derrota de Morelos, la Nueva España gozó de una paz apenas interrumpida por la campaña relampagueante de Mina y la resistencia de algunos jefes insurgentes con pequeños grupos de subordinados que mantenían un estado de rebelión permanente.

Para el sucesor de Calleja la situación se presentó admirablemente propicia. No sólo se cimentaba la paz, sino que se comenzaban a sentir los beneficios de la revolución industrial y se logró un notable progreso económico.

Las minas, gracias a los desagües mecánicos y a la introducción de la primera maquinaria aumentaron su producción. En 1819, México, después de siete años de una producción de metales preciosos promediada en diez millones de pesos, se acrecentó a dieciocho millones. Las acuñaciones de moneda ascendieron en 1818 a once millones de pesos y a doce al año siguiente. La moneda de cobre, que había causado tantos sinsabores, y entre éstos el ascenso en el precio de los comestibles, desapareció del mercado.

Sin embargo, el país estaba en vísperas de hacerse independiente, pero carecía de clases directoras. Había una élite con cierta ilustración, pero incapaz de entender las necesidades del pueblo al que pertenecía.

Dentro de aquella sociedad pacata y melindrosa, existía un grupo selecto, que leía y estudiaba; que escribía y aleccionaba; pero que carecía de ideas propias. Era un grupo fuertemente hispánico; débilmente universal. Conjugaba la escolástica y el latinismo; glosaba lo canónico y lo poético. Gustaba lo mismo de los naipes que de la bibliotecomanía.

No se interesaba por la pobreza, por ser ésta cuestión del Nacional Monte de Piedad o de los empeñeros. Hacía omisión de las pestes, pues al caso estaba la beneficencia. No se interesaba por la producción o distribución alimenticia, porque ambas eran del dominio de los mercaderes. Despreocupada vivía de la higiene, porque para esto estaban los hospitales. No conocía el régimen de los obrajes, por ser tal una misión municipal. No consideraba la seguridad social debido a ser rama de oidores, tintoreros y soldados.

Sin embargo, la Revolución había roto los lazos de aquella élite de clasicismo colonial, de digresiones del saber por elegancia y de muletas doradas para la aristocracia. Y los lazos fueron rotos; porque de aquel pequeño panal habían huido no pocas abejas a las filas de la Independencia; ahora que ni los inmutables ni los prófugos sabían lo que era la gobernación de los pueblos.

Durante tres siglos, no hubo persona en Nueva España, que conociera la causa y efectos de la ciencia y arte de mandar y gobernar a las naciones. Los mismos virreyes y sus funcionarios, sólo sabían lo facticioso de la cortesanía. El virrey no atendía ni se preocupaba de las necesidades del país, sino de aquellas obras que le diesen lustre cerca del Soberano. Las Leyes de Indias, incluyendo sus benevolencias, eran quimeras de teólogos y jurisconsultos. Los instructivos a los virreyes, eran meros documen-

tos burocráticos de letras cubiertas con laminillas de oro. No había en éstos ni una sola intención de preparar un futuro; de crear un asociamiento humano; de instruir a la comunidad en los deberes del hombre. Tal se dejaba a los frailes, que aplicaban el rosario y el catecismo al apaciguamiento de las almas. En trescientos años, pues, el individuo se olvidó de pensar. La induda nativa coadyuvó a la prolongación de esa Edad Mediocre.

La Revolución de 1810, no alteró esa condición. Los independientes, por motivos de la guerra, no podían tener otra preocupación que la de ser guerreros. ¿Cuándo entre la pólvora ha fructificado una clase gobernadora? Diez años de lucha armada habían dado una pléyade de hombres de mando; pero nadie más ingenuo e inepto para la gobernación, que el dominante con la fuerza; porque cree que la autoridad se ejerce autoritariamente y no políticamente.

Las clases, que habían condenado implacablemente las huestes de Hidalgo y de Morelos, se hacían las defensoras de la independencia y escogían a Iturbide como su brazo ejecutante. El antiguo exterminador de realistas si no era un aristócrata por su nacimiento aspiraba a serlo empujado por su orgullo, su presunción y la ambición de descollar.

Al escalar el poder político, Iturbide que era un hombre de mando como militar no reveló las dotes del estadista. Además sobrevivirán los mismos hábitos, las mismas costumbres. Los puestos públicos de mayor rango se repartieron entre los antiguos enemigos de los insurgentes, mientras que la mayoría de éstos aceptaba el nuevo orden de ideas y regresaban a sus hogares.

Constituida la Junta Gubernativa, era menester nombrar a los miembros de la Regencia. Uno de los primeros de éstos fue el propio Iturbide. El segundo, don Juan O'Donojú. Éste no podía quedar sin empleo ni honores. No representaba al rey de España; pero sí a los poderosos españoles de Veracruz y México. Era la garantía del poder del dinero. Seguíanles en lista don Manuel de la Bárcena, don José Yáñez y don Manuel Velázquez de León. Los dos primeros leales ex servidores del virreinato y el último, miembro de aristocrática familia.

¿Y los veteranos de la Independencia? ¿A dónde estaban los ex diputados de Chilpancingo y los de Apatzingán? ¿A dónde los ilustrados que lucharon al lado de Hidalgo y Morelos? ¿Qué de aquel inteligente y prometedor Quintana Roo, quien a la edad

de diecinueve años había redactado las Bases de Chilpancingo? ¿Qué de don Nicolás Bravo, cuyas cualidades humanas le acercaban al hombre de gobierno?

Quintana, como Bravo, Guerrero y la pléyade de guerreros e ilustrados de la Revolución habían huido. No habían ido a la guerra a procurar empleos oficinescos. La Independencia constituía una causa casi sagrada; y ya realizada no quedaba más que regresar a los hogares a gozar los frutos de la libertad. Aquellos hombres no abrigaban en sus ensueños los actos de recompensa.

Por eso, mientras Guerrero y Álvarez se retiraron a Acapulco para dedicarse a la minería o la arriería, Bravo, embrujado por los veracruzanos, tuvo la ilusión de hacerse ganadero. Quintana vivía en México entre libros y bustos de Homero y Sócrates, Platón y Virgilio. Metida entre ceja y ceja llevaba la idea de que era necesario que los mexicanos deberían hablar y escribir español con todos los primores del lenguaje; y su preocupación era la prosodia. Los jóvenes se acercaban a él, para escuchar lecciones de prosodia; también para conocer los preceptos de la retórica horaciana.

Iturbide encontró un ambiente favorable que no supo aprovechar. Trató a los diputados del Congreso como oficiales del ejército. No atendió las relaciones internacionales y tuvo disputas hasta con el propio clero. Los miembros del Congreso en su inmensa mayoría carecían de capacidad para legislar.

El ascenso de Iturbide al trono no modificó el orden de las cosas. "Un título sin hombre no hace un emperador."

Iturbide, pues, tenía un rival en el Congreso; pero como se trataba de un enemigo inerme, por de pronto no dio proporción alguna a su disolución. Creyó que realizado este acto pacíficamente, la crisis dejaba de ser amenazante para su Imperio. No consideró el número de ambiciones que exterminaba a una misma hora; no reflexionó sobre el valor que la libertad tiene en el amanecer de las naciones, no examinó la posibilidad de ser él, el organizador de una élite política, que elegida entre los diputados, fuese el elenco del Emperador y el espíritu del Imperio. Ese principio no lo pudo aprender en el cuartel al que siempre estuvo destinado en cuerpo y alma, como los enseñan sus comunicaciones castrenses y sus cartas privadas...

Trató el asunto siempre con carácter de espada acerada puesta en lo alto para caer sobre cualquier cabeza audaz o desquiciada. Ignoró los resortes de que Santa Anna era capaz de aprovechar como ambicioso, si lo era; de patriota, si lo era; de inteligente, si lo era; y en el desconocimiento de todo eso, emprendió el

regreso a México, no sin dictar órdenes para poner a Santa Anna dentro de buen y seguro cerco; pero en el trayecto a la capital imperial empezó a advertir su error. No le asistía el numen de las artes políticas. No llevaba en el alma la vocación de hombre de gobierno.

Al penetrar después en el estudio de los orígenes de la República, Valadés ostenta una erudición y un dominio que es el resultado de sus largas meditaciones sobre esta época. Más que el estudio político trata de ahondar en la historia social y económica.

### *Historia social*

Al establecerse un nuevo orden legal que sustituyera al imperio de Iturbide, el país entró en lo que Valadés llamaría la *Aurora Constitucional*. Los acontecimientos que van de 1824 a 1857 serán objeto de un libro posterior que el propio autor llamará *Los orígenes de la República*. Pero ya en la *Historia del pueblo de México*, como en algunas otras obras están los gérmenes de tal trabajo.

Rompiendo con una tradición observada por los investigadores mexicanos, que cuando hacían apreciaciones de conjunto, abordaban fundamentalmente los tópicos militar y político, Valadés se abre a nuevos horizontes. Otras ramas de la historia contribuyen a robustecer la visión del historiador. El análisis de la vida social y política, el estudio de las instituciones y de la cultura, las reflexiones sobre la historia diplomática enriquecen la perspectiva del autor.

En la tentativa para transformar al país económicamente, Lucas Alamán y Esteban Antuñano desempeñarán un papel de primer orden. En pocas pero elocuentes páginas se describen sus afanes de mejoramiento, los triunfos y fracasos de los dos repúblicos por industrializar un pueblo cuya naturaleza y constitución eran fundamentalmente rurales.

Entre los hombres de aquel tiempo, que tuvieron anhelos de reformador se destaca la figura de Francisco García Salinas, a quien Valadés considera no sólo como un precursor de José María Luis Mora, sino como el ideólogo cuyo pensamiento social y político, ejerció una influencia en grado importantísimo en las apreciaciones del autor de las *Obras sueltas*. Es muy

loable recordar a quien no ha sido aún suficientemente estudiado en sus justas proporciones.

Francisco García Salinas aunque zacatecano de nacimiento, había hecho sus estudios en el seminario de Guadalajara. Aquí conoció y trató a Valentín Gómez Farías. La amistad entre ambos fue fraternal e invariable; sólo que a uno le preocupaba la pobreza de los mexicanos; al otro, la autoridad del país. Esto no obstante, se entendían mutuamente.

Las fuentes documentales nuestras, para seguir la vida de García, son muy escasas; pero aparte de que hay pruebas de que fue el mexicano que proyectó dar forma a una rentística mexicana; existen documentos de proyecto a un fondo —no recaudación, sino fondo— para establecer los cimientos del erario nacional.

El país apenas salido de su crisálida colonial, que no lograba todavía cimentar el Estado, pero considerado por la leyenda como país fabulosamente rico, tenía que ser objeto de las miras codiciosas de las potencias extranjeras. Fue impotente primero para doblegar a los colonos de Texas, que acabaron por hacerse independientes.

Faltaba el principio de autoridad y aun no existía una conciencia plena de nacionalidad. No es de extrañarse entonces, que un personaje como José María Gutiérrez de Estrada pensara en el establecimiento de un sistema monárquico como panacea de los males de México.

El país daba la impresión de ser militarista y sin embargo, no estaba preparado para la guerra. Y mientras la anarquía se enseñoreaba de México, frente a él crecía un pueblo cuyas miras agresivas eran ya ostensibles. La prosperidad de los Estados Unidos era evidente. La naturaleza había sido pródiga con la joven república. Pero lejos de saciarse con las grandes ventajas logradas durante más de medio siglo, estaba en la primera fase de su crecimiento. Su ambición no tenía límites.

Diffícil sería encontrar al través de la historia universal un pueblo tan ambicioso como el de Estados Unidos al acercarse la primera mitad del siglo XIX. Ni el poder y grandeza de los mercaderes de Venecia, ni de los banqueros de Génova, ni de los manufactureros de Londres, ni de los indianos de Sevilla, ni de los traficantes de esclavos de Lisboa, alcanzaron tanta fortuna y abrigaron tantos apetitos como los hombres establecidos en el

septentrión del que llamaban Nuevo Mundo —el mundo americano.

Muy grandes fueron los daños materiales producidos por el conflicto armado que México tuvo con los Estados Unidos en 1846-1857. Pero el autor considera que más daños que la propia guerra le causaron a las clases pobres, las pestes y las hambres.

En su vida azarosa la nación mexicana había recibido lecciones fecundas. “La Guerra de Independencia había iniciado la forma del cuerpo nacional. La guerra con el extranjero hizo saber que lo fundamental consistía en crear el espíritu nacional.”

Lentamente, muy lentamente, pero con paso firme, el país marchaba hacia la formación de una élite de gobernantes. Además a pesar de la anarquía y de las perturbaciones de la paz pública, se lograban progresos en el orden cultural.

Al iniciarse la segunda década del siglo XIX, hay ya los síntomas de una gran transformación.

La época de los hombres estaba quedando atrás. Ahora se renovaban las ideas. La República ya no llevaba únicamente el apellido de *federalista*; ahora se trataba de establecer una república constitucionalizada, ejecutiva, responsable. ¿Qué podían ofrecer ante esto los conservadores? Una monarquía. ¿Pero poseían capacidad y fuerza para ello? A fin de adquirirla, proyectaron un puente de transición. Una república monarquizada. De esta idea, que insinuaba *El Universal* y que inspiraba Alamán entre los conservadores, nació otra segunda idea: la de aprovechar temporalmente al general Antonio López de Santa Anna, quien desterrado y amargado se hallaba en Colombia.

El conservadurismo se prepara, a fin de ocupar un puesto director en la nueva administración de Santa Anna. Lucas Alamán a nombre de los conservadores en una carta señala al futuro presidente cuáles son sus propósitos gubernamentales. Ha pasado sin embargo, la hora cúspide de Alamán. Sin desconocer Valadés los atributos de honestidad, prudencia y afán de progreso que había en don Lucas, declara que su carta a Santa Anna, no estaba a la altura del estadista. Por otra parte la inmediata muerte de Alamán, truncó los planes del conservadurismo.

Si en la última administración de Santa Anna, en que por primera vez dio éste atención fundamental al mando, no logró crear un gobierno sólido, justo es sin embargo reconocer que tuvo considerables aciertos en el orden administrativo. Al acontecer la muerte de Alamán, una parte del conservadurismo se apartaría de Santa Anna, y mientras esto acontece el liberalismo logra fortalecerse. Ya no se trata de individualidades aisladas. Los hombres de tendencias innovadoras y revolucionarias se preparan para la gran contienda. Un ejército salido de la ruralidad y acaudillado por Juan Álvarez e Ignacio Comonfort derriba al general Santa Anna.

Hablando con más propiedad, los hombres victoriosos más que constituir un ejército formaban “un tropel semi-armado, que pedía la libertad, que condenaba la tiranía, que tenía hambre”.

Entre los propósitos de los liberales destacaba el anhelo de constitucionalizar el país. Pocas veces en la historia de México, se sintió tan intensamente un deseo de transformación. Después bajo el mando de Ignacio Comonfort como presidente, subsistieron los afanes innovadores. El nuevo jefe de Estado

eligió como colaboradores a individuos que, sin ser eminentes liberales, eran amantes de las libertades públicas y estaban caracterizados como hombres de responsabilidad; también de tolerancias. Llamábaseles *moderados*.

No desdeña Valadés la importancia de Comonfort y su grupo; y al examinar el Estatuto Orgánico de la República por ellos firmado, declara que es uno de los documentos políticos más importantes del siglo XIX, y señala cuáles eran las preocupaciones de la nueva élite.

¿Qué querían aquellos hombres? Querían el Estatuto Orgánico de la República, la ley de garantías individuales, la organización de una fuerza de policía destinada a perseguir y aprehender malhechores, la seguridad de vidas y propiedades, la liberalización de la Guardia Nacional, el establecimiento de la beneficencia pública, la libertad e independencia municipales, la prohibición a los ayuntamientos de intervenir en los asuntos políticos, la pureza de la administración de justicia, la circunspección en lo relativo a materias eclesiásticas, la expedición de un arancel de aduanas, la formación de un presupuesto nacional, la responsabilidad en la contabilidad fiscal, la organización de las estadísticas a fin

de "conocer la situación y condición de las clases pobres", la reforma al sistema hipotecario con el objeto de facilitar la "división y subdivisión" de las fincas rústicas y la reducción del ejército "al pie de fuerza" que pudiese sostener el erario.

¿Por qué un programa "en el que había los preliminares de un Estado" y que contenía tan vastas como nobles concepciones, no pudo cristalizar en realidad? Para pasar del campo de la teoría al de la realidad se requería un grupo considerable de brazos ejecutantes y Comonfort, "sin la experiencia necesaria para la alta gobernación del país, cometió el grande y grave error de desintegrar le élite de su partido".

El mérito de los constituyentes había consistido en comenzar a creer que "la política no es juego de ideas sino ciencia de gobernar". Y el mérito de Comonfort en todo caso consistió en percibir que

se abría con aquella reunión, el camino racional y legal para hacer práctico y efectivo el principio, sin el cual no sería posible construir la Nación Mexicana.

No se trataba sólo de desarmar al clero, sino de crear nuevos recursos al Estado. Comonfort quería ser un caudillo de la paz, en el momento en que liberales y conservadores se preparaban para la guerra.

La salida de Comonfort lejos de cimentar el orden precipitó el choque armado entre liberales y conservadores. Un nuevo grupo de conservadores había surgido en el escenario militar y político.

Surgieron los nuevos capitanes del conservadurismo, pues el antiguo grupo que dirigía don Lucas Alamán, había envejecido, envuelto en las capas del virreinato y de la aristocracia. Ahora los neoconservadores, provenían de otra clase social. Eran los principales, el sacerdote Miranda, hijo de pobrísima familia poblana; Osollo, joven militar, inteligente y audaz, cuyos padres eran comerciantes de ropa en un mercado; Miramón, pertenecía a una familia francesa, de no buenos antecedentes, oficial de la última fila del ejército, aventurero, arrojado y codicioso; Tomás Mejía, gavillero valiente; Leonardo Márquez soldado sin cuartel, que en su juventud, militó en todos los partidos, y Zuloaga, primero enemigo de Comonfort; después liberal rojo; luego pronunciado y por fin presidente.

Pero México no podía aislarse del mundo. El destino del país estaría vinculado no sólo a los intereses de Estados Unidos, sino a los de Inglaterra, Francia, España y otros países europeos.

En su lucha contra las ambiciones de James Buchanan y los esclavistas norteamericanos, la República Mexicana se encontraría aislada. El gobierno de Juárez hizo frente a la gran crisis.

México estaba solo en el juego de los intereses de las potencias industriales y militares del mundo; pero Ocampo no transigió. Construcción de una vía interoceánica, sí; cesión de los derechos jurisdiccionales de México, no. La oposición nacional a tales pretensiones creció en el país. Buchanan empezó a dudar de la efectividad de sus designios. Un rechazo total de su proyecto significaba su derrota política dentro de Estados Unidos y cerca de Inglaterra. Desistió del protectorado militar. Conformóse con el derecho de tránsito; pero insistió en el derecho de las fuerzas armadas de Estados Unidos, para cooperar en la seguridad de la faja ístmica.

Del escenario diplomático pasa Valadés al análisis de la historia militar. En pocas páginas habla el autor de los últimos sucesos de la Guerra de Tres Años en que un ejército improvisado, dirigido por jefes que en su mayor parte eran improvisados, acabó por vencer a los conservadores acaudillados por Miramón en la batalla de San Miguel de Calpulalpan.

No era el Macabeo tan grande como lo habían retrado los adalides del conservadurismo, quienes no consideraron que la osadía tiene su estética, pero carece de perdurabilidad. Tan falsa fue la apreciación de los conservadores sobre la figura y aptitudes militares de Miramón, que dos horas bastaron para que González Ortega lo pusiera en fuga...

La batalla militar de Calpulalpan, ganada por los constitucionalistas, no cimentó definitivamente el triunfo de los liberales. Nuevas vicisitudes conmovieron a la República. A los problemas internos a los que tuvo que hacer frente el país en 1861, se sumaron las amenazas internacionales. Hacía mucho tiempo que la sociedad mexicana vivía víctima de diplomáticos y comerciantes extranjeros. No le falta razón a Valadés cuando declara que en la primera década de la segunda mitad del siglo XIX, no podía hablarse de una mexicanía económica. Ni el

país ni el pueblo eran ricos. Las principales fuentes de recursos eran manejadas por extranjeros. Éstos, aliados a los representantes diplomáticos, tomaban participación en los sucesos políticos del país, fomentaban conspiraciones y pedían a sus respectivos países que por medio de la amenaza armada, se obligase a México a pagar indemnizaciones por daños supuestos o reales.

Considerando además a la República Mexicana como nación fabulosamente rica, fácil es comprender que era objeto de las miras codiciosas de los Estados Unidos y de los países europeos.

Francia que persistiera en sus fines intervencionistas tenía como soberano a un político cuyas virtudes y defectos ha sabido equilibrar Valadés.

En los días que revisamos, el brillo de Napoleón III deslumbraba a Europa. No se trataba de un hombre de guerra; pero sí de audacia. Tenía además algo de clarividente. Presentía la necesidad de los mercados extranjeros, los enclaves militares y políticos en todo el mundo, las acciones oropelescas, para la influencia universal de su patria; el embellecimiento y progreso de las naciones, para el bienestar humano. Creía en la tradición y el destino: la tradición de los Luises; el destino de los Bonaparte. Presentía ya no la rivalidad de España, sino la competencia de Inglaterra en los mercados de todos los continentes. Nada, pues, más compatible a sus pensamientos que una monarquía en México bajo la égida de Francia. También, ningún otro candidato al trono que el archiduque Maximiliano. Hombre sin ideas propias, pero con personalidad individual; fiel obediente a la religión católica, y por lo mismo *ad hoc* a un pueblo considerado en la contabilidad vaticana como ciento por ciento servidor del Papado. Sin compromisos con las potencias que envidiaban y diplomatiqueaban en las trastiendas todas las glorias del imperio francés. Adornado de ésas y otras ventajitas, Maximiliano fue pronto el hombre de Napoleón III.

No menos penetrante es su juicio sobre Maximiliano. Sin desconocer las sobresalientes cualidades de distinción y cultura del príncipe, señala sus limitaciones.

A la agresión armada de Francia y a las ambiciones de Maximiliano, opuso Juárez la templanza de su conducta, su serenidad y su fe en el porvenir. Aceptó con impavidez excepcional su destino y el de México.

No creía en la paz. Sabía —intuía el darwinismo— que las leyes de la evolución humana, preceptúan la lucha y no el pacifismo. México en el aislamiento continental de la centuria xv formaba en la virtud de la paz; pero dentro del concierto universal del siglo xix, tenía que prepararse y esperar la guerra. La debilidad del pequeño es una explicación; pero no una seguridad, menos un dogma.

Unido a los caudillos republicanos opuso el pueblo de México una tenaz resistencia al gobierno usurpador. El poder político de Maximiliano se quebrantó desde su llegada. Bien pronto se separó de los conservadores, que constituían el único grupo fuerte que podía apoyarlo, y buscó en cambio la colaboración de los liberales moderados que siempre fueron una minoría. Es innegable que hubo en el gobierno del archiduque, junto a grandes desaciertos, una obra positiva y bien intencionada.

El autor de la *Historia del pueblo de México* no desconoce los buenos propósitos que guiaron al emperador. Quiso dotar de terrenos a las comunidades al mismo tiempo que dio un código civil que establecía la igualdad ante la ley.

El decreto suprimiendo las tiendas de raya en las haciendas, prohibiendo los sistemas de deudas entre los peones y dictando otras medidas llevadas todas al objeto de aliviar la condición de los trabajadores del campo, da realce a la nobleza del príncipe. En ello no hubo talento político; pero sí ternura y lástima. Y mucho honra al rico y poderoso dar la mano al infortunio. ¡Cuánto no lesionaría la ánima del archiduque aquella esclavitud que privaba en las haciendas, para acudir con medidas revolucionarias a auxiliar al peón que era un alma sin cuerpo!

Una dualidad, sin embargo, reñía en el espíritu de Maximiliano.

Hemos dicho que el archiduque fue esmeradamente educado para reinar. Nació y creció bajo los tiernos cuidados de su madre, pero ésta, influyendo en sus aficiones por la marina formó en él un espíritu de aventura que muchos daños le hizo; pues aparte de darle un porte de frivolidad, le aislaba de las cuestiones humanas. Con esto, le restaron toda proporción de gobernante. Pero así como no tenía los pies sobre la tierra; porque de tenerlos jamás habría aceptado un trono que desde sus comienzos tuvo todas las características de lo rebelde y lo precario, poseía, en cambio, un corazón compasivo.

Abandonado por Napoleón y hostilizado por la resistencia republicana, Maximiliano rodó por el plano inclinado de la catástrofe. Grandes eran los contrastes entre el emperador y el presidente de México.

Grande contrariedad sufrió Maximiliano; pero creyó que él solo, estaba predestinado a demostrar que un Habsburgo nunca perdía y resolvió reunir su ejército y marchar al encuentro de Juárez.

Éste, o se rendía o entraba en tratos con el Imperio. Todavía en la idiosincrasia europea y en dignidad principesca, no le entraba en la cabeza que él, Maximiliano, no era más que un rebelde; que la República existía viva en sus instituciones; que el gobierno republicano no era un capricho de Juárez, sino resultado de una Constitución. No advertía el archiduque que había una distancia entre ser gobernador de Venecia y Jefe del Estado Mexicano; Jefe de Estado, porque el emperador, en medio de sus veleidades y versatilidades, comprendía el principio del concepto de Estado, así como lo tenía Juárez.

Solamente que Juárez no tenía los cascos ligeros, ni era palaciego, ni creía en arreglos entre príncipes, ni conocía el alcance de las casas reinantes. La semejanza entre Juárez y Maximiliano era cada día mayor, conforme se acerca la hora abismal.

Triunfante el ejército republicano, fusilado el archiduque, Juárez hizo su entrada en la ciudad de México. Se esperaban represalias. Los coqueteos de la capital con el imperio habían sido evidentes y se temía un castigo.

México gozó de un hilo las fiestas maximilianas, aprovechándose de aquel movimiento de dinero que trajo el imperialismo; ignorando a la República; desdeñando a la Constitución y al Presidente.

Sentía lástima por el "infortunado príncipe". Teníalo como hombre perseguido por la desdicha. No veía maldad en él. No había actuado como hombre fuera de la ley, sino como "príncipe por la gracia de Dios". Compadecíasele por solitario. Su figura y sus hechos, hacíanle representar la estampa de un poeta romántico de la época; sólo que no correspondiente a una bohemia pobre, sino a la alcurnia de la Casa de Austria. No hizo mal personal a individuo alguno. Llegó al Imperio como quien ha encontrado un juguete. No experimentó responsabilidad, ni siquiera sabía por qué luchaba Juárez. No menospreciaba la República. ¿No acaso había admirado a los liberales italianos, siendo gobernador del Piamonte?

La Capital, pues, quedó consternada y atolondrada con la ejecución de Maximiliano. Le era deudora de muchos signos de civilización: urbanización de la ciudad —el Paseo de la Reforma, llamado así en días posteriores al Imperio—, adoquinado de calles, mejoría del alumbrado público, aumento de la población arreglos de los canales que entraban a la ciudad; régimen de policía o gendarmería. Había reanimado el teatro Nacional, protegido a Ángela Peralta, subsidiado a la orquesta de ópera que dirigía Eusebio Delgado, fundado la nueva Academia de Medicina y hecho los primeros arreglos para comunicar telegráficamente a México con Nueva York. No se había opuesto a las actividades intelectuales de los mexicanos. Ernesto Renan, introducido por don Ignacio Altamirano, y Augusto Comte, presentado a México por don Gabino Barreda, si no hicieron doctrina oficial, sí fueron libre expresión del pensamiento. Tan libre expresión, que don Nicolás Pizarro hizo circular su *Catecismo político, liberal y republicano*.

Las consecuencias de todo eso no las advirtió aquel Maximiliano poeta, romántico, progresista; que en medio de sus desazones, de su alma aventurera, de su espíritu políticamente universalizado, tampoco pudo comprender los conceptos de patria y nacionalidad. La Casa de Austria le había hecho apátrida. Hoy en Milán, mañana en Venecia; más adelante en Hungría; después en cualquier otro reino, y al final, en México.

Juárez en cambio era carne y sangre de una responsabilidad nacional y constitucional. Sus primeras palabras al regresar a México, fueron: "Sumisión a la ley y obediencia estricta a las órdenes de las Autoridades." Palabras semejantes no las habían escuchado el país desde la Independencia. Empezaba, pues, una nueva época. Comenzaba la evolución política, orgánica e ideológica de la nación mexicana.

Los imperialistas podían estar tranquilos, Juárez no abrigaba propósitos de venganza. El presidente de la República era celoso de su autoridad, pero estaba dispuesto a perdonar. Una ley de amnistía dada por el gobierno confirmó que había anhelos de conciliación.

Juárez propuso que plebiscitariamente, se creara el Senado de la República, se concediese el veto del Presidente a las resoluciones del Congreso; el derecho presidencial para reorganizar el Poder judicial, expedir los códigos penal y civil y modificar la legislación virreinal que todavía estaba en vigor. Quería también el Presidente la abolición de la pena de muerte.

Las sugerencias del presidente no encontraron eco en la población de la República.

El pueblo de México no creía en las leyes ni en los gobernantes. Consideraba solamente la calidad de los hombres. Tampoco le importaban los ideales, y no entendía el progreso en los caminos de hierro ni en el telégrafo. No confiaba en las fábricas ni en los bancos. Los golpes le habían hecho escéptico. El misonéismo estaba apoderado del país. Lo único que se deseaba era la paz; y si Juárez había hecho triunfar a la República, ¿por qué no ser capaz de establecer la paz?

La paz sin embargo, era imposible. El gobierno no había descubierto un sistema que hiciera factible lograr sin violencia la reelección presidencial. Los generales que habían luchado contra la intervención y el imperio abrigaban ambiciones. El presidente estaba estupefacto. ¿Cómo concebir que militares que le habían sido leales en otros tiempos, ahora se sublevaran contra él? Hubo levantamientos, pero Juárez ahogó en sangre las conspiraciones.

Juárez quería organizar el ejército, sanear la hacienda pública, construir vías férreas, fortalecer el federalismo. Juárez no percibió que a su sombra, habían surgido una élite que no era juarista y que tenía grandes ambiciones políticas.

Porfirio Díaz adquiría cada día más relieve como gran figura nacional. Se amplificaron los méritos, se dio a sus triunfos guerreros una importancia napoleónica y cuando Juárez murió, su sucesor Lerdo se encontró ante un mito imposible de destruir.

No manifiesta, ni nunca ha manifestado Valadés respeto por Lerdo de Tejada, como presidente de la República. El juicio sobre el hombre no resulta tampoco muy favorable.

Sebastián Lerdo de Tejada, presidente de la Suprema Corte de Justicia, individuo de clara inteligencia, gran ilustración, honesto, elocuente; pero engreído, autoritario e irascible.

No era muy amigo de los soldados; y daba tantos vuelos a la superioridad civil, que no era del todo grato a los generales de la Intervención y el Imperio. Así y todo, su presencia en el Poder y la fuerza de su constitucionalidad, hicieron que se le votase a Presidente Constitucional. Juramentóse el 1º de diciembre (1872). Lerdo no era hombre de imaginación. Tenía todos los visos y vicios de un burócrata. Además era heredero del burocrata-

tismo juarista. Vivía con "un boato parecido al de una monarquía". Se hacía dar guardia por un "batallón con bandera y música". Pretendía ser un moralista.

La tenacidad de Díaz, llevó a buen éxito una campaña militar que derribó a Lerdo de Tejada. El jefe militar poseía un indiscutible talento político, tenía el don de hacer prosélitos y la cualidad de tratar con deferencia a quienes no le admiraban y a los que eran sus adversarios ideológicos. Sólo así se explica que de las filas del lerdismo llevase a su gobierno a un hombre como Manuel Romero Rubio y que durante su administración sus enemigos políticos Mariano Escobedo y José María Iglesias gozaran de absoluta tranquilidad.

Al abandonar la época de la Restauración de la República, como algunos la llaman, o de la Consolidación de la República como yo la llamaría, José Valadés entra al recinto de un periodo histórico que ha sido motivo de sus atenciones durante varias décadas. No debe entonces sorprendernos que el autor de la *Historia del pueblo de México*, al hablar de aquellos tiempos, alcance una profundidad crítica pocas veces igualada por nuestros historiadores. Aunque muchos centenares de páginas ha escrito Valadés sobre el porfirismo, no se repite. Hay naturalmente puntos de contacto, ideas semejantes a sus antiguas reflexiones, pero la manera de reconstruir el pasado tiene todo el encanto de una nueva visión impresionista.

Para el autor, si el general Díaz no estaba dotado de una preparación cultural muy sólida, poseía en cambio una intuición muy aguda. Desconocía entonces la ciencia del gobierno, pero en contacto con la realidad política robustecería los instrumentos de su autoridad. Tuvo el gran tacto, desde sus primeros días de mando, no sólo de formar una élite propia sino que supo atraerse a la élite juarista. Gobernó con sus partidarios y también con juaristas, pero se sobrepuso a unos y a otros. Al acercarse el fin de su primer periodo presidencial con gran habilidad cerró las puertas a las filas del juarismo, para impedir que uno de sus hombres escalase el puesto supremo de la República.

Sostenido por Porfirio Díaz, Manuel González ocupó la presidencia. Había en el nuevo magistrado cualidades eminentes de mando y un propósito de progreso. En lo político buscó la colaboración de juaristas y lerdistas.

El talento de México estaba en el Congreso, en la Corte, en los gobiernos de los Estados: Pablo Macedo, Justo Sierra, Filomeno Mata, Francisco Bulnes, Manuel Romero Rubio, Manuel Dublán, Joaquín Alcalde, Manuel María de Zamacona, Vicente Riva Palacio; también los antiguos benitistas: Protasio Tagle, Manuel Muñoz Ledo, Trinidad García. Asimismo se habían asociado al gonzalismo los hombres que se llamaban “de la conserva”, es decir, del conservadurismo. Solamente se mostraban un poco retraídos los amigos personales de Díaz. González les desconfiaba. Además no quería cargar con las acusaciones contra don Porfirio. Estaban muy frescos los acontecimientos de Veracruz.

En lo económico, los beneficios del nuevo régimen bien pronto se pusieron de manifiesto. La población rural experimentó los beneficios que producía la construcción de vías férreas. Se fundaron los primeros bancos, se suprimieron las alcabalas. El campo sintió los beneficios proporcionados por la introducción de maquinaria agrícola. Las fuentes del erario se robustecieron con los nuevos derechos a que se sujetó la salida de maderas y metales preciosos. Los ingresos aduanales aumentaron. Con el progreso y la paz cambiaba el panorama de México.

Todo esto, hizo olvidar la monarquía, el conservadurismo. Ahora estaba a la vista no el triunfo de los liberales ni la victoria republicana, antes dos magnos acontecimientos: la posibilidad de alcanzar una perfeccionabilidad democrática y la de dar nacimiento a la Nación mexicana —al concepto de estabilidad del Estado.

Este suceso, se debía aparentemente a la capacidad del general Manuel González. El propio González lo llegó a creer así, lo cual no hizo más que contrariar al general Díaz y al porfirismo; porque así como habló de un grupo gonzalista, que era el favorecido por los contratos y empleos, así existía un partido porfirista. La seguridad y la confianza estaban en Porfirio Díaz. González no poseía la aureola heroica y guerrera, que la idealización, más que la realidad, otorgaba a don Porfirio. A González se le veía como un puente que unía las dos márgenes del caudillo. Una, el pulso; otra, la benevolencia.

Volvió Díaz al poder. El general presidente estaba más seguro que nunca de sí mismo. Continuó con su política no de conciliación, pero sí de equilibrio. No sólo dominó al clero, sino supo atraérselo. No le bastó la confianza de los conservadores, sino que les dio puestos públicos.

No era como los gobernantes mediocres siempre temerosos del talento. Sabía que éste, ilustrado en la liberalidad, pero mafioso, como todos los filamentos de la intelectualidad, sería el imán para atraer a los ilustrados de la antigua "conserva".

Y así fue, porque ahora estaban reunidos don Joaquín García Icazbalceta y don José Fernando Ramírez, con don Justo Sierra y don Alfredo Chavero; don José M. Basoco y don Alejandro Arango y Escandón, con don Ignacio L. Vallarta y don Juan A. Mateos; don Casimiro del Collado y don Juan B. Ormachea, con don Vicente Riva Palacio y don Guillermo Prieto; don Manuel Orozco y Berra y don Manuel Moreno Jove, con don José Ma. Vigil y don Francisco Pimentel.

¡Cuán elevada estatura adquirió el talento mexicano en esos días, con el incentivo oficial dirigido por Díaz y González, a pesar de la raquítica ilustración de éstos!

Ayudaban en esta tarea, el acrecentamiento de las comunicaciones con Europa y Estados Unidos.

Para las clases populares hubo nuevos horizontes. Surgían fábricas y talleres, se intensificaba la producción minera y se trazaban líneas férreas. México tenía ya una clase obrera. Las nuevas condiciones hacían propicia la difusión de la doctrina socialista. Líderes y periódicos comenzaban a conmover el pensamiento obrero. Mexicanos y extranjeros defendían las doctrinas de Marx y Proudhon. El líder húngaro Plotino Rhodakanaty, no sólo intentó dar ilustración a los obreros, sino que estableció talleres "para emancipar a los trabajadores del yugo capitalista".

Buena era en verdad aquella marcha del socialismo, mas la habilidad de los capitalistas y la complicidad del propio gobierno segó en su flor aquel movimiento.

Los industriales acarrearón a sus obreros a las procesiones políticas en favor de la reelección presidencial del general Porfirio Díaz. Ya no existieron las uniones obreras; predominaron las sociedades mutualistas. El Estado burocratizó a la clase trabajadora.

Pero mientras que en las ciudades como México, Orizaba, Puebla y Jalapa el obrerismo declinaba, en el noroeste de México cobraba nuevos bríos con la presencia de Alberto K. Owen.

Se había pensado que la Bahía de Topolobampo sería una metrópoli que rivalizaría con Nueva York, aunque la nueva urbe no sería el centro del capitalismo sino del socialismo.

Eran aquellos los tiempos en que el furerismo tenía gran número de adeptos lo mismo en Europa que en América. Owen, discípulo de Charles Fourier, en plena juventud sintió el atractivo fascinante de la bella Topolobampo. Para la ciudad ideal proyectó escuelas y restaurantes, teatros y almacenes de ropa. No se abusaría "del trabajo del prójimo" y todos cooperarían para la creación del nuevo falansterio, aun los niños mayores de quince años. El proyecto comenzó a entrar en vías de realización, pero los medios de que dispuso Owen no fueron suficientes para cubrir las necesidades que surgieron.

Ahora bien, si por una parte el poder de la clase obrera decrecía, por la otra se acrecentaba la fuerza del inversionismo. El primero en tomar plaza fue el norteamericano, después le siguieron el francés y el español. Los Estados Unidos habían descubierto una nueva arma de conquista. Para qué recurrir a la violencia militar o a la ocupación de territorios, si un imperialismo pacífico permitía una hegemonía económica que rendía mayores beneficios. México necesitaba ferrocarriles, pero carecía de técnicos y medios materiales. Estados Unidos proporcionó una y otra cosa. Mas las primeras vías férreas obedecían "a proyectos de carácter militar, y no fue ajeno a los mismos el secretario de Estado William Seward".

Se intensificaron las inversiones extranjeras en México. Con el crecimiento de la prosperidad se cimentó la paz. Era una paz mecánica, pero esa paz fue la ilusión y el orgullo de un régimen. "La juventud que anteriormente no tenía más porvenir que el cuartel y la guerra, ahora miraba a él, como esplendía el camino de la laboriosidad y el dinero."

No podía ya México vivir al margen de los grandes movimientos económicos de las naciones más poderosas del mundo.

El país, a consecuencia del inversionismo extranjero, ya no se pertenecía a sí propio... Vivía a la sombra del imperialismo económico europeo y noramericano. Todavía carecía de la fuerza de una nacionalidad económica... Así, las catástrofes industriales y mercantiles en el extranjero tenían que repercutir en el mercado mexicano... El desarrollo que el capital inglés dio a las primeras materias tropicales en India y África, causaron una crisis universal a la que México no pudo escapar.

De algunas de estas vicisitudes económicas el principal responsable era José Ives Limantour. El funcionario que fue

ministro de Hacienda, bajo el gobierno de Porfirio Díaz, ha sido juzgado no pocas veces con cierta benevolencia hasta por algunos hombres de la Revolución Mexicana. Se le ha considerado un mago de las finanzas públicas, el genio nivelador de presupuestos. Valadés sostiene una posición adversa. Extranjero por su origen y su educación y sus intereses no podía ver con claridad los intereses del país que lo había visto nacer. El mismo contribuyó a fabricar su leyenda, leyenda que creyó el propio general Díaz y por medio de la cual hizo pensar que podía ser un cerebro privilegiado. Fue instrumento de la conquista pacífica extranjera "más peligrosa que la propia conquista militar".

Cimentada la paz, logrado cierto progreso económico, obtenida una organización política estable aunque mecánica, el general Díaz se sintió orgulloso de su obra. Era el hombre providencial, era el hombre necesario. A fuerza de oírse, de creerse, el concepto acabó por convertirse en dogma. Ya no le bastó a Porfirio Díaz ser el árbitro del destino de los mexicanos, sino que proyectó sus ojos más allá de las fronteras nacionales. En más de alguna vez quiso intervenir en los asuntos centroamericanos y como no siempre le asistió la produdencia y la razón, dejó entre los guatemaltecos un recuerdo que se convirtió en resentimiento y que aún perdura.

En sus tratos con los Estados Unidos, el general Díaz no fue muy afortunado. En cuestiones de panamericanismo, pese a todos sus esfuerzos su gobierno no pudo alcanzar un sitio de predominio.

La verdad es que los pensamientos de Valadés como nuestras propias reflexiones, nos permiten comprender que en todos estos actos la acción imperial norteamericana ha sido siempre dominante. ¡Qué de extrañío tiene entonces que en la Segunda Conferencia efectuada en México del 22 de octubre de 1900 al 31 de enero de 1902, el porfirismo sólo haya podido presentar personajes distinguidos, condenados de antemano a no lograr grandes triunfos a pesar de su talento! Pero oigamos al propio Valadés, quien no sólo nos habla de los hombres de gobierno del régimen porfirista, sino de la magnificencia de la gran ciudad de México, engalanada para la solemnidad del momento, al mismo tiempo que recuerda a las figuras postergadas por la dictadura.

La gran población de la capital, asistió estupefacta a aquellos espectáculos de cielo iluminado. Nada se explicaba ni se lo podía explicar. El porfirismo, en su nacimiento, había preparado una élite magnífica; pero ya en el Poder, detuvo el desarrollo de la clase selecta. ¿Para qué más hombres de ilustración y talento? ¿No a mayor número, más ambiciones y con éstas las reyertas? Pero como no era posible detener el desenvolvimiento del talento, virtud congénita en los mexicanos, aisló a unos, oficializó a otros, sojuzgó a los terceros; envió a Europa a los más salientes; ignoró o quiso ignorar a los de origen pobre; castigó y difamó a los inquietos. ¿No don Joaquín Baranda, don José Diego Fernández, don José López Portillo y don Fernando Iglesias Calderón fueron calumniados?

Al avanzar el siglo se fueron acentuando las debilidades del régimen, aun cuando Díaz y sus hombres no podían percibirlo. Al acercarse a los momentos precursores de la caída de don Porfirio, Valadés acumula los cargos. No es un juez implacable y vengador. Mas son tan graves las faltas, tan enormes los desaciertos que estremecen al hombre más bien dispuesto.

Si el paso al cual marchaba la República era lento; si en el seno del oficialismo había abusos y privilegios; si entre el Estado y la Sociedad existía un abismo; si las clases más pobres estaban excluidas de las cuestiones y necesidades públicas; si el desempleo y las miserias del dinero y de la salubridad reinaban en el medio rural; si los hombres se repetían en sus funciones oficiales, sin dar oportunidad a las nuevas generaciones de colaborar en los asuntos del Estado; si las instituciones bancarias a pesar de sus facultades de oficinas emisoras, sólo abrían crédito a la clase de alto nivel; si en el campo el llamado indio vivía como paupérrimo apátrida; si el atropello de los prefectos políticos y de la policía rural eran comunes; si las tierras nacionales o baldías, como las apellidaban las leyes sobre la materia, estaban en poder de empresas forasteras; si los extranjeros poseían el noventa por ciento de las riquezas de la Nación; si el Presidente de la República, por una parte era glorificado como pacificador del país, y por otra parte, no se le quitaba el nombre de dictador, o tirano, o déspota; si de la sola palabra presidencial dependían gobernadores y magistrados, soldados y diputados, alcaldes y senadores, ¿cuál o cuáles, entre todos esos agentes producía o producirían el descontento o agravios al país?

Ese descontento o agravio se originaba, conforme a las fuentes documentales, en la aconstitucionalidad de aquel régimen.

Existía un Presidente, de acuerdo con la Constitución. Existía un Congreso de la Unión, correspondiente a la Constitución. Existía una Suprema Corte de Justicia, mandada por la Constitución. Existían los derechos del hombre, prescritos por la Constitución. El pueblo —la gente del común— no conocía la Constitución; pero intuitivamente sabía que ésta era burlada a cada hora; que sobre la Ley Magna del país estaba el capricho de don Porfirio; también el capricho de los funcionarios de don Porfirio. Un país —se consideraba— podía vivir, durante una emergencia, en el medio de la excepción. Pero sustraer a la Nación de las reglas generales dentro de las cuales el hombre siente su seguridad y satisface sus derechos, era absurdo. Un régimen de capricho individual no estaba llamado a la perennidad; porque la sociedad se sentía en el desasosiego espiritual, aunque reinase la paz material.

Hombre hecho por las circunstancias, don Porfirio desconocía esa ley general de las naciones, y como su virtud de aprovechar los agentes del bienestar que surgieron en México, no como un milagro, sino a consecuencia de la evolución orgánica universal, era grande, se conformaba con estar aureolado por las virtudes del pulso, de la inteligencia y de lo heroico.

Al iniciarse el siglo, don Porfirio y su séquito pensaron haber llegado al punto supremo de su grandeza y de su gloria. Pensaron también haber llevado a México al momento meridiano de su prosperidad. Ninguno de los grandes colaboradores de don Porfirio, ni el propio presidente de la República sospecharon que aquella estructura que habían erigido y que les parecía tan sólida, podía ser derrumbada por las conmociones de una guerra civil.

De constitucionalidad hablaron Flores Magón, Librado Rivera, Antonio I. Villarreal y Antonio Díaz Soto y Gama. Crefanse ser los herederos de la doctrina liberal sepultada por la dictadura.

Surgió después Francisco Ignacio Madero, caudillo civil, conocedor de la mentalidad rural y de sus necesidades. Proclamó su fe en la democracia e invocó el respeto a la ley. Siguió las rutas del orden en la exposición de sus ideas y en su lucha civil contra don Porfirio. Ante la intransigencia del dictador aceptó con gran valor las consecuencias de la guerra civil que acabaría con el régimen político del general Díaz.

Pronto fue México pasto de las llamas. En aquellas horas ni los sesenta millones atesorados por el Estado, ni el consejo

de la ciencia hacendaria de Limantour, ni el ejército federal, ni los celebrados cuerpos de gendarmería rural, ni el aparato que constituían los senadores y diputados, ni la maquinaria que representaban los gobernadores y prefectos políticos, ni la corona de encina, con que la adulación y el servilismo burocrático había exornado la testa de don Porfirio, sirvieron para detener aquella marcha humana, que usó de cuantas armas tuvo a la mano para abalanzarse sobre la ciudad de México.

Si Valadés dedica unas cuantas páginas al gobierno provisional de León de la Barra, y al periodo presidencial de Madero, se debe a que estos temas los había tratado con bastante amplitud en su libro *Imaginación y realidad de Francisco Ignacio Madero*.

Pocas líneas se dedican a las actividades de Huerta como usurpador, en cambio hay cierta amplitud para tratar las campañas militares de Villa y Obregón. No obstante que la historia militar no le atrae, se sobrepone a sus preferencias y logra fragmentos plenos de emotividad al describir actividades bélicas.

Al abordar el estudio de Venustiano Carranza, examina con agudeza las luces y las sombras del primer jefe del Ejército Constitucionalista. En cambio sus reflexiones sobre Zapata no resultan del todo justas.

Al abordar el periodo reconstructivo de Obregón, se da por parte del autor más importancia al análisis de los aspectos económicos y sociales que a los políticos. El nuevo presidente aparece como un gran protector de la educación y fomenta la prosperidad agraria. Se había llegado a un momento de reforma social dentro de los cauces de la paz pública.

En cincuenta años, a partir de la fundación del Círculo de Obreros, la clase obrera mexicana había embarnecido fuertemente. Las fábricas textiles estaban dilatadas por todo el país. A las del Distrito Federal, Puebla, Orizaba y Querétaro, siguieron las de Guadalajara, San Luis, Sinaloa, México y Michoacán. Los talleres mecánicos aparecían multiplicados. Los empleados y obreros de los ferrocarriles, eran ahora todos mexicanos y habían sido concurrentes muy importantes al triunfo de la Revolución. Nuevas industrias vivían en la ciudad de México. Monterrey, gracias a sus cercanías a las minas de carbón, era centro industrial, que después de la guerra empezaba a producir. Los requerimientos de las luchas intestinas habían dado

a luz otras actividades fabriles. Debido a los años de aislamiento nacional, empezaba a desenvolverse la fabricación mexicana. Las estadísticas oficiales de 1923, otorgaron al año de 1920, una suma de ciento veintidós mil obreros. La clase trabajadora, pues, representaba una fuerza.

En el régimen del general Calles ve una especie de socialismo sin Marx. Justifica el rigor del presidente de la República contra los cristeros, pero sin degradar a éstos. La muerte de Obregón propició el nacimiento de una era de instituciones. La necesidad de cubrir el lugar vacante, que se produjo con la muerte de Obregón, hizo pensar a Calles en la necesidad de un caudillo civil, para sucederle en el puesto supremo de la República, a Emilio Portes Gil designado presidente provisional. Calles ni creyó en Vasconcelos ni le inspiraba simpatía. No podía menos que reconocer su talento, pero consideró que carecía del tacto y la afabilidad en el trato humano, que tan necesarios son en el hombre de gobierno. Y sin embargo, José Vasconcelos era por muchos conceptos, un hombre que había desempeñado una noble tarea educativa y que encarnaba un propósito de dignificación nacional.

Pero frente a la personalidad de Ortiz Rubio, como se ha dicho, estaba la del licenciado Vasconcelos. Los recuerdos que éste dejó a México como secretario de Educación; su obra educativa y administrativa; el alto nivel que dio a las letras, las artes y las ciencias. La tarea casi mágica que realizó dando lustre a la inspiración creadora de la Revolución, de manera que transformó el sentido de la guerra en doctrina social; la amistad que hizo con el proletariado; la dignificación y responsabilidad a la que llevó al magisterio nacional; su imaginación e idealidad, sirvieron para hacer de tal candidato la ejemplaridad progresista y civilizadora de México.

No oculta Valadés la inmoralidad a que recurrió el poder oficial para manejar las elecciones, que le permitieron escalar a Ortiz Rubio la presidencia.

Después de los efímeros periodos presidenciales de Pascual Ortiz Rubio y Abelardo Rodríguez, México entraría en una etapa de grandes transformaciones dentro de los cauces de la paz pública.

Empezóse así a hablar de un México Nuevo. La Historia y la Tradición quedaron barridas. El país empezaba con el carde-

nismo. La Revolución mexicana había carecido de doctrina. Madero fue estigmatizado como un mero ente. Calles acusado de reaccionario; a poco señalado como jefe de la Contrarrevolución. Más adelante expulsó del país, al que había dado inúmeros esfuerzos, sobre todo en lo referente al principio de autoridad.

La situación presentaba dos perfiles, uno el demagógico, el otro de resultados positivos. Para su sostenimiento no buscó Cárdenas el apoyo de una burocracia, sino un basamento popular que pudiera cimentar su autoridad. Tendió las manos a obreros y campesinos y dio poder a los líderes de los sindicatos. Mas el gobierno de Cárdenas no estuvo exento de limitaciones.

Aunque a cada hora era invocada la Revolución, ésta que empezaba a dar base y muros a un Estado progresista y rutilante, comenzó a marchar francamente hacia el absolutismo de un Estado Burocrático, producto de un semimarxismo y de un semifascismo.

Salvaba toda aquella mediocridad, que poco adelante sería cuerpo de doctrina en México, el sano corazón de Cárdenas; porque pocas veces había brillado en el firmamento mexicano un hombre que tuviese tanta devoción al bienestar del proletariado, como aquel Presidente magno en honradez, laboriosidad, modestia y benevolencia.

Era lástima, sin embargo, que su ignorancia, por una parte; la mala fe de la improvisada juventud gobernadora, por otra parte, le condujesen a aventuras repugnantes a la tradición nacional, como fueron la intervención de México en los asuntos interiores de España y el embarnecimiento de un sistema electoral al margen del Sufragio Universal; porque los problemas de la Sucesión en los gobiernos de los Estados, empezaron a ser resueltos mediante el capricho presidencial y con el teatro del partido de la Revolución, abriendo así el surco que haría de la Sucesión presidencial una transferencia de un amigo a otro amigo, volviéndose a crear, como en el porfirismo, un régimen aconstitucional, en cuanto a los asuntos relacionados con la democracia electoral.

Este problema, que Cárdenas dejó casi a la vista del mundo mexicano, tuvo muelles hábil e inteligentemente colocados por el propio Presidente. Tales muelles fueron, primero, la nacionalización del petróleo (marzo 18, 1938), que obedeció a una inspiración de Mújica; pero que aplicada con hombradía y constitucionalidad por Cárdenas, hizo hervir el patriotismo.

Después, la promesa de que las elecciones presidenciales de 1940, serían libres, aunque de antemano el Presidente tenía designado al general Manuel Ávila Camacho, individuo de refinados hábitos burocráticos, amigo personal e íntimo de Cárdenas e hijo de español, lo cual le invalidaba constitucionalmente para ser Presidente de la República.

Un cambio se operó después en la fisonomía política del país. Aunque no continuó la labor socialista de Cárdenas, el gobierno de Ávila Camacho dio prosperidad a México.

Después, purificó de escorias el movimiento obrero, y no obstante que era antisindicalista, respetó, aunque sin darle manga ancha, a Lombardo Toledano como jefe de la organización de la clase trabajadora oficializada; e hizo intentos por reconciliar a los expresidentes.

El presidente habló de una labor de unidad nacional. A su actitud de prudencia, unió el alto sentido de responsabilidad con que trató los compromisos internacionales de México. Múltiples progresos económicos se lograron que beneficiaron a la mayoría de la población. Mas el país había entrado en lo que Valadés llama el aconstitucionalismo, uno de cuyos males mayores era la burla del sufragio. Así fue como Miguel Alemán subió al poder en condiciones fraudulentas, semejantes a las del propio Ávila Camacho.

El nuevo jefe de Estado llevó a la gente del común y a la clase selecta de México a un rumbo tan seguro, que sobre el aconstitucionalismo tendió un recio puente hacia el bienestar económico, de modo que hizo olvidar el peligroso y disgustante traspasso de amigo a amigo de la presidencia de la República.

Poseía Alemán indudables cualidades de hombre de Estado. Creó fuentes de prosperidad nacional. Las obras públicas se multiplicaron. Había sin embargo, algo de artificial en el sistema.

Alemán empezó a proyectar ciudades meramente industriales. No le importó el aislamiento de éstas ni la cercanía o lejanía de los centros abastecedores de combustible. Sabía de antemano, que la riqueza de México no estaba ni en las fábricas ni en la agricultura, sino en el excepcional talento mexicano; también en la laboriosidad nacional. Había que crear compro-

misos, para establecer responsabilidades. Sólo que el Presidente olvidó que al Estado le es dable el mando, la fuerza, el derecho, pero jamás la responsabilidad. Ni en las grandes monarquías universales se logró jamás este fenómeno.

Si con las medidas de Alemán la población se benefició, mayores fueron las ventajas que logró el Estado. Los funcionarios del gobierno cedieron a la tentación del enriquecimiento. Mientras los funcionarios públicos ascendían a la plataforma de una alta prosperidad, la masa rural continuaba viviendo en la mayor miseria. La burocracia se fortaleció y se convirtió en un peligro social.

Ser burócrata constituyó no solamente un privilegio, sino una solemne seguridad y una realidad de ambición para lo futuro. También una alegría. Ese régimen fijó un escalafón, ya no de méritos de honorabilidad, de trabajo y talento, sino un régimen copulativo de colegiado. De jefe de sección se podía pasar a secretario de Estado; de mozo de ministerio, a diputado; de diputado a gobernador; de director de empresa descentralizada a secretario de Estado.

El autor ha llegado al final de la jornada y mira los sucesos con cierto escepticismo pero sin resentimiento. No se deja arrastrar por preocupaciones subjetivas. Sirvió a los gobiernos de Miguel Alemán y Ruiz Cortínez como miembro del servicio diplomático, pero esto no influye en sus juicios de historiador. Ha hecho un gran esfuerzo de ponderación para alcanzar el sentido de la equidad. Retirado ya de toda actividad de política militante desde las postrimerías del régimen de Ruiz Cortínez, vive entregado a sus labores de investigación histórica.

¿Pensó Alemán, como lo cree Valadés, que era necesario para México la designación de un presidente de gran honradez y probidad para atajar la ola de abusos burocráticos y el afán desmedido de enriquecimiento? El hecho comprobado fue que la designación de Adolfo Ruiz Cortínez como sucesor de Alemán constituyó todo un acierto. El nuevo jefe de Estado con fino tacto contuvo los excesos y gobernó al país con gran moderación. De acuerdo con la doctrina burocrática que tanto indigna a Valadés fueron designados como sucesores de Ruiz Cortínez, Adolfo López Mateos y Gustavo Díaz Ordaz. Cierta suspicacia ha querido ver en Valadés un resentido, pero quien sepa acercársele desprovisto de prejuicios, podrá percibir que

vive un fecundo y sereno crepúsculo de historiador. Fernando Braudel decía que la historia era una interrogación al pasado, siguiendo las angustias de la hora presente. Mas cabría preguntarse si puede un hombre sincero y honesto, sentirse completamente satisfecho con la perspectiva de la hora presente. Mantener una ventana siempre abierta a la esperanza. He allí un ideal. Pero eso no impide analizar los acontecimientos de los últimos tiempos con la pupila bien abierta. Los sucesos recientes lógicamente ejercieron un poderoso impacto en la sensibilidad del historiador.

Valadés estuvo ligado por lazos de amistad a muchos presidentes y, sin embargo, no podría el lector determinar con precisión, quiénes fueron sus amigos. Prueba elocuente de que lo objetivo pudo en muchos momentos vencer lo subjetivo. Después de esta digresión necesaria, sigamos el hilo de nuestros comentarios.

Sin desconocer que el presidente Adolfo López Mateos sucesor de Adolfo Ruiz Cortínez, poseyó un pulso autoritario y frío, además de una alta calidad moral, precisa otras cualidades positivas y negativas.

Desde su juramentación (1º de diciembre, 1958), se destacó entre la muchedumbre sumisa y errante. Fue un guía de capacidad y donaire. Sabía que asistía a una marcha solemne, pero inevitable, que llevaba al sepulcro los últimos vestigios de la Revolución. Los hombres y las ideas de 1910; la doctrina de una Alta Democracia; las idealizaciones sobre la Soberanía del pueblo; el federalismo que significaba el respeto a la autonomía de los Estados; el derecho y respeto individual; el Sufragio Universal; todo, todo eso había caído en desuso.

En el momento de la publicación de su libro, no habían tenido lugar los lúgubres acontecimientos de octubre de 1968, pero ya se habían perfilado ciertos actos de autoritarismo que tanto ensombrecieron la personalidad del presidente Díaz Ordaz. No hay sin embargo, una acusación de Valadés hacia quien en aquel momento era el primer magistrado de la República. En todo caso reconoce en él, un hombre de gobierno, que quiso establecer un principio de moral oficial, a la que el país no pudo corresponder, puesto que

los vicios no estaban en los hombres, sino en las instituciones de un Estado que sólo procuró ventajas para sí mismo, olvi-

dando sus compromisos con la sociedad, alejándose poco a poco de la ortodoxia revolucionaria y constitucional; profundizando el sepulcro de la Democracia y la Revolución y fortaleciendo el absolutismo presidencial contra los bienes del federalismo.

Así, la doctrina del pueblo —Democracia, Soberanía, Sufragio, Libertad— de 1910, quedó hecha escombros, en el transcurso de medio siglo, por la fuerza del Estado —Orden, Paz, Continuidad, Autoridad— que es el capítulo de la trascendencia histórica a donde ha llevado a México el régimen de la evolución normal de los pueblos.